



ÉPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 26. — Madrid 15 de Septiembre de 1887

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS

Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO

Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Se concreta más la contestación*, por Fray José Coll. — *Sine Fide* (conclusión), por José Hernández y González. — *Carta Pastoral del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá sobre el duelo*. — *Un episodio*, por Pablo Feval. — *La Religión y los partidos políticos*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Jubileo Sacro* de Su Santidad León XIII. — *Noticias*. — *Necrología*.
GRABADOS. — *Leo Taxil*. — *San Jerónimo penitente*. — *Escalera de la Puerta Alta ó de la Coronaría en la Catedral de Burgos*.

LA DECENA

La prensa adicta á la causa del catolicismo se lamenta, y con sobrada justicia, del espionaje ejercido sobre el Vaticano por el Gobierno del Rey de Italia. La publicidad dada á la circular remitida por el Sr. Secretario de Estado á los Nuncios ha venido á confirmar con un hecho evidente lo que antes no pasaba de la categoría de ser una presunción fundada, y hasta podría afirmarse, sin aventurar acusación muy grave, que el secreto de la correspondencia diplomática se ha violado en el mismo correo, privando al Pontífice de una de sus libertades esenciales: la de comunicarse con sus dependientes y con los Gobiernos católicos sin el peligro de que el Gobierno italiano sorprenda todas sus correspondencias. Este espionaje, esta violación de la correspondencia, no solamente confirma la falta absoluta de libertad del Pontífice, sino que coloca sus derechos soberanos muy por debajo de los que tiene el último ciudadano de Italia.

Los tribunales italianos no podrán de seguro hacer justicia á las enérgicas protestas de los católicos; pero día llegará en que la Europa culta examine si es dable continuar apoyando una situación en que el Pontífice romano carece hasta de la soberanía de comunicarse con sus agentes en el orbe católico.

* *

Otro asunto, de interés más directo para los españoles, nos facilita Roma en el tiempo comprendido entre el anterior y el presente número.

Los fervorosos católicos de nuestra patria, en cuyas almas habían surgido algunas dudas sobre el alcance de un documento emanado en Enero último de la Sagrada Congregación del Índice, con ocasión de la polémica suscitada por el folleto del ilustre

escritor D. Félix Sardá y Salvany, leerán con gratitud el documento que á continuación copiamos del *Boletín Eclesiástico de Barcelona*. Los que, por el contrario, movidos de intransigente espíritu de partido, intentaron dar al triunfo del Sr. Sardá un alcance político de que carecía, y que hoy evitan copiar el documento romano, con el mismo empeño que mostraron al comenzar el año por violentar en determinado sentido las enseñanzas de la Iglesia, no tendrán más remedio que recoger en silencio la digna lección que emana de Roma, y con la cual se establece de nuevo, por quien tiene poder para ello, la divisoria que debe separar los intereses políticos, siempre mezquinos y perecederos, de los eternos é inmutables de nuestra sacrosanta Religión.

Hé aquí el documento á que nos referimos:

« El Emmo. y Rdmo. Sr. Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación del Índice, con oficio de fecha 29 de Agosto próximo pasado, Nos ha comunicado la importante resolución del tenor siguiente:

« Roma, de la Secretaría de la Sagrada Congregación del Índice día 29 de Agosto de 1887.

« Ilmo. y Rdmo. Señor y Hermano:

« Han sido elevadas á la Sede Apostólica humildes preces de algunos fieles de esa diócesis, quienes desean saber cuál sea el genuino significado de la carta acerca del opúsculo del Presbítero D. Félix

Sardá y Salvany, que tiene por título « El liberalismo es pecado, » dirigida á Tu Grandeza por el reverendo P. Secretario de la Sagrada Congregación del Índice el 10 de Enero del corriente año.

« Las razones que han dado lugar á las dudas y ansiedades han nacido de que algunos han querido extender los conceptos de esta carta á las cuestiones políticas que hierven entre los católicos de España; de lo que hanse seguido acres disputas entre los escritores de periódicos, aptas para perturbar conciencias y para fomentar disensiones.

« Examinadas detenidamente por orden del Sumo Pontífice las susodichas preces, se ha visto claramente que las alabanzas que la carta del P. Secretario tributa al opúsculo mencionado, de las cuales se deducía principalmente el motivo de dudar, se refieren únicamente á la tesis en abstracto y á los principios generales de la doctrina que el Sr. Sardá ha expuesto clara y ordenadamente según las enseñanzas de la Iglesia, pero no á algunas proposiciones incidentales ó alusiones allí tal vez contenidas que miran al orden concreto de los hechos ó al estado de las cosas políticas de España, pues no hubo intención alguna ni propósito de tocar á estas cosas. Por lo cual de ninguna manera estuvo ni pudo estar en la mente de la Sagrada Congregación una más lata interpretación de estas alabanzas ó el proferir-

las en favor de los secuaces de un partido político y de su modo de proceder con detrimento de otro partido, como algunos han pretendido. Carecen, por lo tanto, de fundamento los temores de errar de aquellos católicos que, dejando aparte la autoridad de los escritores privados, en la defensa de los derechos de la Religión y trato de los asuntos, siguen como norma de su conducta los solemnes documentos y enseñanzas del Romano Pontífice, principalmente aquellos que han sido expuestos en las cartas Encíclicas *Cum multa é Immortale Dei*. Ciertamente los que siguen fiel y sinceramente esta segurísima norma propuesta por la Santa Sede á todos los fieles, y singularmente á los españoles, pueden estar seguros de que no sólo cumplirán la obligación que á todos los católicos se ha impuesto, sino que aun serán dignos de alabanza, habiéndose asustado por tanto sin motivo por las interpretaciones menos rectas que á la carta suscrita por el Secretario del Índice han sugerido las pasiones políticas.

« Teniendo en cuenta esta Sagrada Congregación todas estas cosas, ha juzgado necesario escribir á Tu Grandeza esta carta para que hecha del dominio público se restituya en esas regiones la legítima y verdadera in-



LEO TAXIL.

interpretación a las alabanzas que ha merecido el señor Sardá por su opúsculo y se remueva toda ocasión de ulterior perturbación de las conciencias ó de acres disputas que, siendo estériles para el bien, produjeron siempre perniciosos efectos en detrimento de la Iglesia, cuyo fin es la salvación de las almas y el reinado de la verdad y de la justicia.

»Entretanto pido para Ti al Señor toda suerte de prosperidades y felicidades y me suscribo con toda la expresión de mi afecto.

»De Tu Grandeza Adictísimo Servidor, Fr. Tomás M.^a, Card. Martinelli Ob. de Sabina, Prefecto.—Fr. Jerónimo Pío Saccheri, de la Ord. de Pred., Secretario.—Al Ilmo. y Rymo. Sr. D. Jaime Catalá y Albosa, Obispo de Barcelona.—Barcelona.»

»Y en cumplimiento de lo que en la transcrita comunicación se Nos previene, ordenamos que se inserte en el *Boletín Oficial* de este Obispado á fin de que su contenido obtenga la debida publicidad.

»Con este motivo, secundando los deseos de Nuestro Santísimo Padre, que son también los Nuestros, recomendamos á Nuestros amados fieles, en especial los que se dedican á defender con la pluma ó con la palabra los fueros de la Religión y los principios de la Iglesia, que procuren atenerse á la doctrina consignada en la respetable comunicación de la Sagrada Congregación del Índice.

Barcelona 7 de Septiembre de 1887.—JAIME, Obispo de Barcelona.»

Creemos innecesario añadir que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, en su limitada y modestísima esfera de acción, jamás ha intentado intervenir para nada en la candente lucha política, que, para mengua de nuestra patria, tanto carácter le presta, y que ahora y siempre reitera su absoluta é incondicional adhesión á las sabias doctrinas que la católica y romana Iglesia predica y recomienda á todos los fieles.

La festividad de la Virgen de Septiembre señala en el pueblo madrileño una costumbre gastronómica: la del consumo de melones. Ya no se ven seguramente, como hace veinte años, aquellas jiras al Cerrillo de San Blas, Arroyo Abroñigal y Vistillas, que convertían la costumbre de los melones en pretexto para más sólidas meriendas y la consiguiente bebida á fin de evitar los cólicos de la mezcla del agua con la fruta; pero no hay necesidad de semejantes expediciones, dada la abundancia que existe en el mercado de melones y la facilidad con que éstos se adquieren á la puerta de la propia casa, gracias á los meloneros ambulantes, que en precio económico van ofreciendo su mercancía.

En esto del consumo de los melones y sandías hay también su leyenda y su tradición. Hay quien sospecha que la muchacha que tiene buena mano para escoger melones la tendrá también para alcanzar amante, novio y esposo ejemplar; hay quien no lo prueba de noche, por seguir el dicho vulgar de que la mencionada fruta «por la mañana es oro, por la tarde plata y por la noche mata;» hay quien recuerda prodigios y misterios no bien comprobados, pero que tienen todo el encanto que presta la fe; hay, por último, quien evita probar la fruta, como renunció antes al lazo matrimonial, persuadido de que no tiene muy buena suerte y de que el refrán popular advierte que «el melón y el casamiento ha de ser acortamiento.»

La sandía tiene mayor número de partidarios, no sabemos si por su mérito como alimento grato, por su baratura ó por sus aplicaciones á la limpieza, guiándonos por el antiguo pregón que la ofrecía «á cuarto la raja,» añadiendo que con ella «se come, se bebe y se lava la cara.» Por señas que, arrastrado por el natural afán de instruirme, he acudido al llegar á este punto al *Diccionario de la Academia* para aprender particularidades de la sandía y que no he podido pasar del principio de la definición. La sandía, según los inmortales de la calle de Valverde, es «una planta semejante al melón,» y esto me ha bastado para cerrar el libro y preguntarme lleno de confusiones:

¿Dónde está esa semejanza? ¿En la forma exterior? ¿En el color? ¿En el sabor? ¿En su organismo interior? ¿En las pipas...? Decididamente para buscar semejanzas hay que recurrir á las hojas y tallos, y aun así no se encontrarán tan completas, pues si la semejanza en lo gramatical es lo que recuerda otra cosa por el mucho parecido, en lo científico ya se sabe que esta semejanza supone identidad en todo menos en el tamaño.

Y perdóneme esta digresión el pío lector y no la lleve á mal la docta Academia, ya que en esta semana hay pocos asuntos para una revista, y entre ellos sobresale en primer término el consumo de melones, á los que soy muy aficionado para diferenciarme de un ilustre literato que sufría un ataque

de nervios siempre que en su casa se compraba melón, y que nos decía ingenuamente:

—No es posible... Cien veces he cogido un cuchillo para partir un melón y otras tantas se me ha caído de la mano... Me parece cuando lo intento que voy á cometer un asesinato.

Además de tradiciones el melón tiene historia, é historia verdadera. Esta cucurbitácea procede de los puntos templados de Asia, hacia el país de los Kalmukos y fué traída al Occidente con ocasión de las primeras guerras de los romanos con los persas. El Emperador Tiberio deliraba por el melón y hacía un gran consumo de este fruto lo mismo en invierno que en verano. Roucher, Delille y otros poetas franceses, cantores de la naturaleza, le han consagrado sus inspiraciones. Aquí en España no sé de poeta alguno que haya hablado del melón — como no sea para confundirle con la sandía; — pero figura, no obstante, en nuestra historia literaria, por haber sido el erudito y profesor D. Juan Antonio Melón amigo íntimo y confidente en toda la vida privada del que se llamó entre los Arcades de Roma *Inarco Celenio* y entre los poetas madrileños Leandro Fernández de Moratín.

Este nombre trae á mi memoria la próxima apertura del teatro de la Comedia, en cuya función inaugural se representará *El sí de las niñas*. No es seguramente de gran actualidad la censura de la viciosa educación de principios de siglo por la cual las jóvenes se sacrificaban á las exigencias de sus padres, casándose con viejos á quienes no profesaban amor, y aun es de presumir que si viviera hoy Moratín habría de decir algo y no malo de las jóvenes que atropellan por todo y que contestan con un *No* redondo y desabrido á los consejos paternales; pero hay tal encanto en las figuras de la comedia, molde que tantas veces ha servido después para que nuestros dramáticos retraten al pariente generoso, al amante leal, al asistente dicharachero y locuaz, y á la madre imprudente y habladora; es tan noble, tan digna y tan levantada la dicción; se usa un lenguaje tan castizo y tan desemejante por lo mismo al generalmente empleado ahora, que la obra moratiniana se escuchará con el mismo deleite de siempre. Así hay que esperarlo de nuestro público, aunque no encuentre en la obra *Ratas*, ni *Menegildas*, ni agentes de orden público, ni toreros maletas, ni cómicos hambrientos.

Por lo demás, y en cuanto á la enseñanza moral se refiere, ni las niñas se mejoraron en tiempos de Moratín ni se mejorarán hoy, en lo que hace al amor y al matrimonio, así porque la humanidad no se corrige tan fácilmente, como porque la elección de marido ó de mujer, ni espontánea ni aconsejada es tan fácil. Nada lo prueba mejor que una frase de la comedia aludida, frase con la cual cerraré esta Revista, por ligar á Moratín y á los melones:

«Con los hombres y las mujeres, decía aquél, ocurre lo mismo que con los melones de Añover; hay de todo; la dificultad está en elegir bien. El que se lleve chasco en la elección, quejese de su mala suerte; pero no desacredite la mercancía.»

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

LEO TAXIL

En el actual movimiento religioso, la figura de Leo Taxil se presenta en primer término, como elocuente enseñanza de los grandes males que puede originar el error y de cuanto bien puede realizar el arrepentimiento. Gabriel Jogand Pagés, conocido principalmente por su pseudónimo literario Leo Taxil, terrible enemigo del catolicismo, el que utilizó la tribuna, la prensa y el libro para su obra de destrucción y de impiedad, el inventor de infinitas calumnias, por él confesadas y que aun utilizan en nuestra patria algunos desdichados para embaucar á la crédula é ignorante muchedumbre, iluminado por la divina gracia, se retractaba pública y solemnemente en 1885, llenando de contento á los católicos del universo. Más tarde, deseoso de procurar el triunfo de la verdad y de que su conversión tuviera beneficiosos resultados á la sociedad, consagró su privilegiada inteligencia á poner de manifiesto las farsas de los librepensadores y los ritos ridículos de la Masonería, escribiendo sus obras: *Los Hermanos Tres puntos*, *El culto del gran Arquitecto*, *Las Hermanas Masonas*, *Las confesiones de un ex-librepensador*, *El Vaticano y los francmasones*, *Los Misterios de la Francmasonería* y otras destinadas á gloriosa vida, así como sus primeras producciones no merecían más que el desprecio de todos los hombres honrados.

El retrato que hoy publicamos es exactísimo por ser su

base una ampliación fotográfica sobre madera perfectamente conservada por el grabador.

SAN JERÓNIMO PENITENTE

(Cuadro de José Ribera, el *Españoleto*.)

Es uno de los lienzos en que el célebre artista supo poner de manifiesto sus altísimas cualidades, como pintor católico y excelente colorista. En otro número hemos publicado ya la reseña biográfica del autor.

ESCALERA DE LA PUERTA ALTA Ó DE LA CORONERÍA EN LA CATEDRAL DE BURGOS

El ilustre Prelado D. Juan Rodríguez de Fonseca encomendó al célebre Diego de Sylve la construcción de la magnífica escalera que reproducimos en nuestro grabado. Está situada en el interior del templo y en su parte septentrional están las capillas de San Nicolás y del Nacimiento y la suntuosa de la Concepción de Nuestra Señora, sirviendo de acceso á la Puerta Alta que á fines del siglo último fué cerrada por el mucho frío que por ella entraba á la Iglesia.

En la escalera de la Puerta Alta, que estaba ya concluida á fines de 1522, se coloca el Monumento para los solemnes Oficios de la Semana Santa.

SE CONCRETA MÁS LA CONTESTACIÓN

AL EPÍGRAFE DEL CAPÍTULO ANTERIOR

PUES como íbamos diciendo en los párrafos precedentes, la libertad reconoce por sus legítimos padres á dos cónyuges muy formales y muy sesudos, que son el orden y la justicia; y en faltando éstos, sobrevienen sin remedio, ó el terror de la demagogia, ó la abyección y crueldad de las déspotas y tiranos.

Pero, ¿qué? nosotros, inocentes, nos empeñamos en demostrar que la Europa no es deudora al protestantismo de ningún progreso; mas esta nuestra aserción, tomada en cierto sentido, confesamos que no puede llamarse de todo punto exacta. Le debe, sí, ¿por qué no reconocerlo? le debe el progreso de la amalgama y confusión de poderes, de cuyo nefando contubernio nacieron:

1.º El despotismo y la esclavitud. No hay más: á trueque de emanciparse de la Iglesia romana, los obcecados y furiosos revolucionarios vendieron á los reyes la libertad, escribiendo en su bandera el siguiente lema: *Cujus est regio, illius est religio*; de quien es la región, es también la religión: lo cual equivale á proclamar la omnipotencia del Estado, ó sea á fundir en la sola cabeza del jefe de la nación las dos potestades temporal y espiritual. Cara, empero, les hubo de costar la venta; desde aquel instante, la intolerancia en materia de religión iba siempre acompañada del absolutismo en política. ¡Castigo del cielo! Mas al fin, bajo el punto de vista con que los protestantes miran la cuestión, esto es también un progreso.

2.º Otro ídem podríamos llamar al estado de preponderancia y riqueza que ha llegado á alcanzar la reforma, si bien no todo lo que reluce es oro. Desde el 1748 al 1848, la población de Inglaterra triplicó: así lo dicen, y nosotros no tenemos interés en negarlo; mas tampoco puede ponerse en duda, que durante dicho tiempo el pauperismo aumentó, no tres, sino ocho veces más. Londres, según el testimonio de Mr. Robert Pashley, cuenta hoy un pobre por cada cuatro habitantes. Esto es espantoso, y no reconoce ejemplo en ninguna otra ciudad del universo. A buena cuenta, la sola capital de Londres, que suma un censo de población de dos millones y medio, debe tener más de 600.000 pobres.

3.º Sigamos sumando. Otro de los progresos de la Inglaterra protestante es la embriaguez. El vicio dominante entre los ingleses es la crápula: esta abominable pasión alcanza hasta á las mujeres que visten recamadas telas, pisan alfombras de Persia, y habitan debajo de artesonados techos; muchas de las cuales cifran sus delicias en las libaciones del gin. En Escocia, en sola la ciudad de Glasgow, que tendrá acaso unos 150.000 habitantes, además de las muchedumbres de obreros que pasan los domingos y aun tal vez los lunes entregados á los desórdenes de la borrachera, se cuentan por lo menos 20.000 mujeres que tributan sus vaporosos cultos á Baco.

En 1853 existían en Londres 3.613 tiendas de cerveza, 5.279 tabernas, 13.000 negociantes de vino, y se consumían muchos millones de litros de diferentes licores: de treinta años acá, todo esto se ha aumentado de una manera que parece fabulosa. La de-

mencia producida por la intemperancia, hace ya bastantes años que alcanzó en Inglaterra la siguiente proporción: de 1.271 locos, 649, esto es, algo más de la mitad, perdieron la razón por el abuso de las bebidas alcohólicas. ¡Esto es progresar!

4.º El bandolerismo constituye otro de los adelantamientos anglicanos. Siglos ha que los órganos de la opinión pública de Londres se vienen quejando amargamente del sinnúmero de latrocinios que en aquella corte se cometen; en términos que, ya en 1734, la *Revista Británica* publicó la siguiente estadística de la suma de francos robados durante aquel año. De robos domésticos, 17 millones; de robos sobre el Támesis, 12 millones; de robos en los docks y en las vías públicas, 13 millones; de robos por la moneda falsa, 50 millones; de robos por billetes de Banco falsos, 40 millones. Total de francos robados, 132 millones. ¡Una friolera!

Adviértase que entonces Londres contaba sólo 1.200.000 habitantes; es decir, menos de la mitad que hoy, y los cacos no tenían la organización disciplinaria, ni habían alcanzado la patente de prestigios como los que ejercen su oficio en los felices tiempos de hogaño. Ahora pues; 132 millones divididos entre 1.200.000 habitantes, viene á corresponder á 110 francos por cada uno. ¡No es maleja la sisa!

5.º La administración de justicia. En Inglaterra se desconoce la sustanciación de las causas subordinadas á un procedimiento económico y regular. El sistema inglés está basado en el principio de que el derecho común se forma de las decisiones de los tribunales superiores. Al fin si no fuera más que esto solo, menos mal; pero lo peor es, que después de sentar aquella proposición, quieren que este derecho común se informe de las decisiones de los mismos jueces superiores, sin considerar que incurren en un círculo vicioso, haciendo que el derecho común dependa de las decisiones de los jueces, y que á la vez las decisiones de los jueces dependan del derecho común.

Esto da lugar á una arbitrariedad, la más absoluta en los tribunales de justicia; lo cual se comprende con sólo tener á la vista la falta de un Código que enfrente las demasías del poder judicial, pues aunque las indicadas decisiones son, como eran las leyes en Roma al advenimiento de Justiniano, *onus multorum camclorum*¹, la misma profusión embaraza y confunde hasta el punto de no saberse qué es lo que rige, ni aquello que caducó.

En ninguna de las naciones civilizadas es tan complicada y lenta la administración de justicia como en la Gran Bretaña; aquello es para aburrir al más flemático *gentleman*; y lo que pone el sello á la administración de justicia es el que los aranceles de los tribunales son tan subidos, que despluman al pobre litigante que tiene la desgracia de caer en sus manos; castigando á un tiempo el bolsillo de los demandantes y el de los demandados; de los que ganan, como de los que pierden. Todos, todos salen descalabrados.

Respecto á la criminalidad en los países protestantes, diremos que, según la estadística comunicada á la sociedad de Edimburgo por sir H. Lambert, de los delitos cometidos en Francia é Inglaterra en el año 1851, resulta:

1.º Que los homicidios son, por lo menos, cuatro veces más frecuentes en las islas británicas que en Francia, no obstante que esta nación católica atravesaba entonces un período revolucionario.

2.º Que el robo se multiplica seis ó siete veces más.

3.º Que el incendio no es tan frecuente en Francia.

4.º Que los hurtos probados por los tribunales y la policía correccional son cuatro veces más numerosos cuando se considera la población de un modo absoluto; pero que son al menos quintuplicados, teniendo en cuenta la población de los dos países.

5.º Que atendida esta misma proporción de habitantes, es nueve veces mayor el número de individuos condenados en el Reino Unido que en Francia.

6.º Que las ejecuciones son tres veces más numerosas en Inglaterra que en Francia, siguiendo siempre la misma proporción de habitantes.

Estos seis números son otros tantos heraldos que proclaman el progreso patibulario del protestantismo sobre el catolicismo.

Y si queremos ver mejor el estado comparativo de inmoralidad entre dos pueblos, el uno protestante y el otro católico, he aquí lo que dice la *Revenue returns* (rendición de cuentas), part. 19 para el año 1849, publicada oficialmente por el Gobierno británico:

Delitos cometidos en solo Londres, protestante, de dos millones y medio de almas.

Delitos en toda la Irlanda católica, de más de siete millones de católicos, con un millón de protestantes.

Homicidios y conatos de homicidio con puñal, arma de fuego ó veneno.....	91	51
Bigamia.....	27	51
Delitos contra la naturaleza y ataques para cometer tales delitos.....	36	Ninguno.
Suicidios.....	207	Ninguno.
Quebrantamiento de fe con robo.....	238	89
Fraudes.....	387	128
Expendición de moneda falsa.....	619	241
Inmoralidad pública.....	57	10
Casas de prostitución.....	2.399	353
Contrabandos.....	302	Ninguno.
Total en Londres....	4.363	En Irlanda. 923

¿Qué podrán alegar los protestantes contra este resultado? No hay elocuencia que pueda competir con la de los guarismos. Confesamos, sin embargo, que no todos los progresos anglicanos son de la misma naturaleza que los anteriores; hay también otros, sacados de varias estadísticas, de los cuales resulta, que al tiempo de la caída de los Estuardos, el pueblo inglés consumía anualmente setenta y cuatro libras de carne por cabeza; y á principios de este siglo subió aquella cifra á ciento sesenta libras y media.

Nosotros no somos competentes en la materia: para graduar la importancia de este progreso carnívoro, era preciso haber vivido en aquellos bienhadados siglos medios de la andante caballería pedantesca, y trasladándonos á la insula Barataria, escuchar los oráculos de boca del archibarrigudo Sancho, flor y nata de los gobernadores famélicos.

¡Vaya, hombre, vaya! Si se tratara simplemente de una cuestión de estómago, no hay duda que el aumento de las libras ó de los kilos, como dicen ahora, en el consumo de la carne, nos prestaría un argumento de los más nutridos; argumento que, dando mayor gravitación á las humidades bretonas, alcanzaría súbitamente la descensión del platillo en la gastronómica balanza. Pero es el caso que el reino de Dios, como el Apóstol dice, no es comida ni bebida. No; no ha criado Dios al hombre para la actividad de las mandíbulas y los progresos de la gula. Ni la virtud y el saber se miden por el mayor ó menor lastre del frontispicio del cuerpo humano, llamado abdomen.

FR. JOSÉ COLL.

SINE-FIDE

CAPÍTULO IX

DE CÓMO EL CORCOVADO CUMPLIÓ SU MAL PROPÓSITO



El suceso narrado en el precedente capítulo, lejos de tranquilizar á la hermosa Elena, fué causa de que se sobresaltase de modo que no había medio de quietarla. Huyeron de ella el sueño y el apetito y se dejó asir de tanta congoja que empezó á desmejorarse muy aprisa. D. Francisco lo echaba todo en acrecentar la cólera, que había vuelto contra sí, diciendo que todo esto sucedía por no haber acabado con aquella fea alimaña que se atravesó en su camino, y D. Pablo estaba tan mal parado con las cosas que en su casa sucedían, que no sabía cómo discutir acertado remedio para terminarlas. Tomando y desechando ideas sin confiar en ninguna, le pareció por fin haber desatado el nudo proponiendo á sus hermanos que se fuesen los tres á una posesión que tenía cerca de la costa, donde Elena se mejoraría con el aire del campo, y la confianza de estar á cubierto de cualquier intriga, que era lo temible en el corcovado, por ser un hombre muy capaz de ellas, asegurándoles que al mismo tiempo estarían al abrigo de cualquier intento de otra clase, por ser sitio muy seguro y bien defendido. D. Francisco, que tenía idea de regresar á España tan pronto como se ofreciese ocasión oportuna, prestó gustoso su asentimiento por parecerle que era de buen agüero aquel acercarse á la costa, desde la cual podría ser que viese alguna embarcación que les pudiera servir, atendiendo á las señas que llegado este caso pensaba hacerla. No tuvo el mismo parecer Elena, diciendo que cuanto más solos estuviesen era mayor el peligro; pero cedió á los deseos de su prometido á quien cada día mostraba más amor, y no tardaron

en realizar su propósito con el mayor sigilo y disimulo que pudieron. No parecía que al corcovado se le veía en ninguna parte, ni se tenía siquiera conocimiento de él, lo cual iba tranquilizando á D. Pablo, mas no á su hermana, quien disimulaba lo más que podía por no dar pesadumbre en la casa. Una mañana que paseaban muy risueños paróse de pronto Elena, y dió algunos pasos hacia atrás con gran susto. Miraron en torno suyo el novio y el hermano, sin ver á nadie, y comprendiendo ella su extrañeza, les dijo que no se alarmasen, que no había causa razonable para ello; pero que les quería demostrar como no tenían tan fina vista como ella para ver lo que no era de su agrado, y mostrándoles unas piedras que allí había les preguntó si notaban algo en ellas. Contestáronla que no; mas insistiendo en rogarles que mirasen de más cerca y con más espacio, y haciéndolo así, hallaron que por una de las junturas mostraba su cabeza una culebra, mirando sin ser vista de quien mirase con menos atención que ellos. No tuvo el lance comentarios, pero los tres hicieron sin duda el mismo, trayéndoles el reptil á la memoria al corcovado, y notando como hay ojos que gustan de ver sin ser vistos. No tardó la experiencia en acreditar toda la importancia que para ellos encerraba esta verdad, pues aconteció que estando una noche profundamente dormidos, empezó D. Francisco á soñar que se ahogaba de calor junto á la boca de un horno encendido donde le querían meter, y cuando estaban á punto de lograrlo, le despertaron las voces de Elena que entraba despavorida pidiendo socorro. No tuvo que indagar la causa de su temor el caballero, porque en muy breve espacio se sintieron envueltos en una nube de humo que les sofocaba y oscurecía la vista, no permitiéndoles ver otra cosa que el rojizo resplandor de una colosal hoguera que iba escalando la casa y entrándose por las ventanas de la fachada principal. El natural instinto de conservación enseñó á D. Francisco el único medio que á su salvación se ofrecía, y era descolgarse por la parte interior al corral, lo que ejecutó, después de auxiliar á Elena en aquella peligrosa bajada. Una vez en aquel sitio se consideraron un poco más seguros, pero no tanto que pudieran permanecer en él sin riesgo; porque ardiendo la casa por los otros tres costados, eran muchas las brasas que llovían á su alrededor y muy sofocante en todas partes la humareda.

Había, pues, necesidad de salvar el cercado para salir fuera, y D. Francisco, sacando fuerzas del peligro, logró no sin grandes trabajos dominarlas y servir á Elena para que le siguiese. Ya empezaban á considerarse libres, cuando entre unas zarzas que había enfrente brilló un resplandor seguido de una detonación y sintió el caballero silbar junto á sus sienes la encendida pelota de un arcabuz.

Bajó al campo, arrastrando tras de sí á Elena que había perdido el sentido, y colocándola en el suelo se dió á correr hacia las zarzas esgrimiendo el acero con tan denodada furia como si ya estuviera cruzándole con el de su enemigo; pero por más que miró y tornó á mirar registrando los contornos, no vió nada y fué lo peor que pareciéndole sentir algún ruido á poca distancia, le pone espuelas el deseo de tomar venganza, y se iba alejando más y más del sitio en donde dejó á su prometida. Tornó á él desesperanzado de hallar lo que con tanta ansia buscaba, decidido á descansar breves momentos mientras determinaba su proceder: mas no debían terminar aquí sus trabajos, antes arreciaron de modo que los anteriores fuesen cosa de juego y nonada á par de los que le sobrevinieron después. Fué el caso que, no viendo á Elena en el sitio en que la dejó, tendió la vista por todo el horizonte, y allá, lejos, muy lejos, divisó un grupo que destacaba sus contornos sobre el azul del cielo, que ya iba clareando, con bastante vigor para conocer que eran hombres que conducían una pesada carga. Era indudable que aquellos hombres llevaban á Elena, y lo hacía creer la circunstancia de distinguirse entre ellos uno más pequeño y deforme, en el cual reconoció D. Francisco al corcovado, autor de todas sus desgracias; corrió tras ellos hasta perderlos de vista al trasponer un cerro cuya cumbre ganó con presteza el caballero; pero ¡cuál sería su asombro, al advertir desde aquel sitio y con la luz del día, que era ya entrado, que había perdido la pista y no era dable averiguar en qué dirección caminaban!

Allí se le acabaron las fuerzas y acrecentaron los dolores del cuerpo y del alma, que eran los más vivos, y no sintiéndose hombre se desesperó como niño, arrojándose al suelo que golpeó con la cabeza, mesándose los cabellos y gritando como un loco.

Callaba alguna vez como para escuchar si alguien le respondía, ó si en la tierra resonaban aun los pasos de aquellos forajidos que iba persiguiendo; pero no sentía otra cosa que el violento latir de su corazón y un estruendo sordo y cavernoso que parecía

¹ Sin contar con las leyes del Parlamento inglés, las solas decisiones se contienen hoy en más de 400 volúmenes.

producirse á mucha distancia en las entrañas de la tierra. La luz del sol hiriéndole en los ojos y animándole con su calor le prestó algunas fuerzas, y procurando volver en sí trató de tomar acuerdo de lo que había de hacer, que á su juicio era encaminarse hacia la ciudad de Sine-Fide, donde el corcovado tenía su casa, y forzosamente hallaría en ella quien de grado ó por fuerza le diera razón de su paradero, y tal vez pudiera valerse de los alguaciles para rastrear sus huellas. Esta esperanza le prestó nuevos bríos, y realizando su plan le sucedió lo que se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO X

DONDE SE DA FIN Á ESTA HISTORIA, DECLARANDO MUCHAS COSAS QUE D. FRANCISCO VIÓ EN SINE-FIDE, Y SE REFIERE EL RIGUROSO CASTIGO QUE SUFRIERON LOS HABITANTES DE ELLA.

Todo tiene su fin en este mundo perecedero, y no podía menos de tenerle aquella isla desierta, donde los hombres negaban á Dios la fe, sin la cual no es posible la vida del alma. Cumplidos que fueron los días que la Divina Providencia dió de plazo al arrepentimiento y á la penitencia, sin que lo supieran lograr aquellos oscurecidos entendimientos mandó Dios á su ángel que pues el pecado de aquellos hombres era contra la fe les quitase el único rayo de ella que aun les quedaba y entregase la isla á la desolación y á la muerte. Al llegar D. Francisco á la ciudad, el sol, que aun no había hecho la mitad de su carrera, empezaba á entoldarse, y aquel sordo mugir de las entrañas de la tierra á sentirse más cercano, bien que confundido con otros que del mar provenían. No era dueño el atribulado caballero de parar la atención en otra cosa que no fuera su cuita, y aunque le parecieran algo más azorados los habitantes de Sine-Fide, no haciendo de ellos ningún aprecio se fué en derechura á la casa de su rival, que halló abierta.

Vió que desde la calle le estaban mirando con muestras de mucho susto dos hombres, parientes muy propincuos del corcovado, que con él vivían, á los cuales preguntó inútilmente por su deudo, porque no le supieron dar otra razón sino que había salido de la casa hacía muchas horas y aun no había vuelto. Dirigióse D. Francisco hacia la puerta con resuelto ademán, sin hacer caso de las vociferaciones que aquellos hombres le daban, diciéndole que no entrara, que no era cuerdo fiarse de aquellas paredes, por tener en sí la necesidad de venir al suelo algún día, que acaso fuera el presente. Tomara á burla estas palabras otro que no tuviera experiencia de quienes eran los sinefideinos, y Don Francisco tenía ya tanta y tan turbado estaba que ni siquiera oyó las últimas.

Entró, registró, rompió y acuchilló todo lo que le ponía alguna resistencia; mas fué vano su trabajo y ociosa su cólera, porque la casa estaba desierta; pensó en indagar á sus moradores forzándoles á decir la verdad; mas cuando llegó de regreso á la puerta habían dado á huir, temiéndolo todo de un hombre tan colérico y despechado. No le quedaba más recurso que avistarse con el alguacil, á quien halló en su casa muy ocupado en disponer la prisión de todos los habitantes de la ciudad, embargándoles hasta lo negro de las uñas; porque decía que era un grave error partir del supuesto de que los hombres son inocentes y buenos, mientras no haya justa causa para creer lo contrario, y decía que todos eran bellacos, ladrones y traidores, á quienes debía tratarse como delincuentes, ínterin obtenían ejecutoria de buenos.

No quiso D. Francisco referirle lo ocurrido, porque era natural que no lo creyese, y menos después de su nuevo propósito, que quiso desde luego ensayar el alguacil asíéndole con entrambas manos y pidiendo favor al Rey para prender á un malhechor; pero luego que el caballero le puso entre las uñas una moneda de oro le soltó, pidiéndole mil perdones por no haber leído antes la ejecutoria de honradez que llevaba escrita en la frente y sellada en el bolsillo. Preguntóle D. Francisco qué sería necesario hacer para descubrir el rapto de una persona, y le fué contestado que lo primero era darle parte, con el cual pediría la venia al Rey para hacer su oficio, y pasando al Consejo éste meditaría despaciosamente la resolución, que siendo favorable se entraría en la vía de las investigaciones, echándose pregón por tres días consecutivos para que los que supiesen del caso auxiliasen á la justicia, y tras esto los alguaciles saldrían á pesquisar por las calles y los campos hasta dar con ellos, quedándose uno á la vista y volviéndose los otros á dar parte y obtener resolución de si era caso de prenderles. No era este camino el más á propósito para llegar al deseado fin, y en su consecuencia

pensó el caballero abreviarle si había medio hábil, contentándose con que privadamente pesquisasen y le dijieran dónde hallaría lo que iba buscando. Ya había metido la mano en el bolsillo en demanda de los más elocuentes razonamientos, cuando tocó al alguacil el turno de quedarse á oscuras, privándosele del ápice de fe que restaba en su mollera, y soltando la carcajada empezó á reírse de sí mismo, porque se le antojaba tener delante de sí un hombre de carne y hueso, lo cual era tramoya de su caletre ó enfermedad de sus sentidos, de los cuales no se volvería nunca á fiar, y volviendo la espalda á su interlocutor puso mano á sus negocios y menesteres, como si estuviera enteramente solo. Salióse Don Francisco haciendo cruces y pensando que aquel hombre se había vuelto loco. Acordóse de que el Rey le había hecho mucha merced, y se encaminó á Palacio, pensando herir la dificultad de su empresa en el corazón; pero no fué más feliz con el Rey que con su alguacil mayor, porque también estaba á oscuras Su Majestad y le había tomado por tirar por la ventana cetro y corona, diciendo que no quería seguir la broma más allá, que aprovechando su ceguera le hacían creer cuatro amigos que era su Rey, pero que él sabía muy bien su verdadero oficio, que era andar con una vihuela recorriendo los lugares.

Oyó estas razones el valido, que cerca de una ventana estaba, y asiendo de Su Majestad como de un juro y censo de por vida comenzó á gritar, diciendo que le ayudasen á conservar el orden y la salvación común; pero apagándose entonces la linterna dijo que de todos los sinsabores que pasaban en la tierra tenía él la culpa por imaginar que era hombre, lo cual no estaba demostrado, antes bien le parecía ser un pájaro de cuenta, y lo demostraría volando con donaire nunca visto. No hubo lugar de contestarle, porque diciendo y haciendo se tiró por la ventana, y aunque tendió los brazos en el aire sólo le sirvió esta medida de dar mayor golpe en la caída y acabar más presto su existencia. Salió de allí espantado D. Francisco, y hallándose en la calle pensó que la agudeza de sus dolores le había trastornado el juicio, y que las cosas que veía no eran más ciertas que si fuesen soñadas.

A cuatro pasos de Palacio había un hombre pidiendo socorro para su hermano, que llevaba muchas horas sin comer y se estaba muriendo de necesidad. Parecía ser así como lo estaba diciendo, porque á su lado estaba el hambriento, más amarillo que si tuviera ictericia y más delgado que sutileza de galán poeta. Echó mano al bolsillo para socorrerle; pero advertida su acción, dijo el que pedía socorro: «El mal de mi hermano es de otra índole que la pobreza, porque tenemos que comer y no quiere hacerlo, diciendo que no halla en qué fiar; porque las carnes muertas no sabe de qué animal proceden ni de qué mal murieron; si de legumbres se trata, dice que con ellas vienen venenosas semillas; y si de huevos, asienta que todos tienen pollos.» — «Es la verdad, replicó el moribundo con voz apenas inteligible; y añadido que la comida no es, ni ha sido, ni será necesaria jamás; que si hasta aquí usaron de ella los hombres fué puro vicio.» — «¿Y ese mal que te acaba y ese aguijón del estómago, de qué son, cuitado, sino de pura hambre? le dijo el hermano. A lo cual contestó el otro que no era sino de malos humores que le acudían al vientre y que lo mejor era darle unas friegas para que se le bajaran á los pies. Separóse de ellos D. Francisco cada vez más espantado de los sucesos de aquella jaula de locos, y á pocos pasos tuvo ocasión de presenciar la más triste tragedia que en sus días tuvo ocasión de ver, y fué que estaba disputando un padre con su hijo y le decía que le devolviese cuanto había gastado en alimentarle y vestirle, teniéndole como cosa suya, en razón á que no podía creerlo por ser impropio de un hombre cuerdo dar crédito á una mujer. Replicábale el mozo debía ser así como lo decía, pues tampoco él tenía ninguna bastante para estimarle como padre, y así, que le pagase las soldadas de tantos años como le había tenido á su servicio. Acudió la madre en defensa de su buena fama; pero así pensaban ellos en creerla como en volar, y enredándose en injurias vinieron á las manos, dando tan fuertes puñadas el hijo al padre que un mismo punto le cortó la furia con la vida, sin ser parte á evitarlo D. Francisco, por más que oportunamente se puso entre ellos, recibiendo más de un cardenal. Afé al mozo su proceder; pero el mozo se marchó cantando y diciendo que no era verdad aquello de la muerte, sino superchería del viejo maula, que no queriendo seguir la riña se hacía el muerto. La madre ponía el grito en el cielo, arañándose la cara y mordiéndose los brazos, para despertar, decía, de aquella modorra que le tenía tan prieto el corazón.

No muy lejos de aquel sitio halló D. Francisco

un hombre en el suelo, pidiendo le llevasen allá lo que hubiera menester, porque habiéndose caído tenía tal miedo que no pensaba levantarse jamás, no aconteciera que los pies se hubiesen apolillado de puro malos y la segunda caída fuera de más peligro que la primera. No quiso ver más el espantado caballero, que en aquel punto notó más cercano aquel pavoroso ruido del seno de la tierra y se hizo cargo de cómo caían sobre la ciudad densas nieblas. Echó á huir, y lo hizo en tan buena hora que aun no había salido al campo cuando oyó un estruendo de tiros y aun pudo colegir lo que era, viendo á un sinefideino detrás de una esquina que disparó su arcabuz al sentir cercano á un perro. Aquellos desdichados ya no se fiaban de sí mismos, y estaban como locos exterminándose los unos á los otros como único medio de proveer á su tranquilidad. No estaba menos medroso el campo que la ciudad, porque de todos lados se veían correr los ganados como poseídos de ciego terror, y aun entre ellos se veían algunas fieras, sin que los unos animales se extrañasen de los otros más que si hubiesen estado siempre juntos. Iban acreciendo aquellos espantosos ruidos y haciéndose más densa la oscuridad, con lo que dificultaba la huida al mismo tiempo que acrecentaba el temor; pero en medio de tantas desgracias esperaba á D. Francisco un singular contento, por ser así la condición del mundo, que tiene mezclados el gozo y el dolor, y fué que alcanzando á divisar dos bultos que venían hacia donde él estaba, luego que se hallaron cerca vió que eran Elena y su hermano. Ponderar las exclamaciones que los tres hicieron, los parabienes y albricias que se pedían y los estrechísimos abrazos en que confundían los cuerpos y los ánimos, quedese para más hábil historiador, bastándome á mí decir que los puso término la necesidad de abandonar aquellos parajes donde veían abrirse grandes simas, en cuyo profundo seno se oía como el mugir de las olas del mar. Con mucho trabajo llegaron á la costa, notando con sumo terror que era mucho más baja que de ordinario, de cuyo descubrimiento sacaron en consecuencia que la isla se sumergía, y teniendo su fin por llegado comenzaron á llorar su desventura, disponiéndose á morir.

Otro, sin embargo, era el designio de la Divina Providencia, y siendo Dios el señor de todas las cosas, hizo que una embarcación francesa que atravesaba por aquellos mares fuera arrojada hacia aquella costa por la tormenta. Cuando los marineros vieron que tenían cerca la tierra, redoblaron sus esfuerzos para ganarla, y favorecidos del viento no tardaron en poner en ella los pies, bien que fué para poco tiempo, pues advertidos del peligro por la relación que D. Francisco les hizo, y por lo que sus propios ojos les certificaban, se volvieron á embarcar llevándose consigo á este caballero y á Elena y á su hermano. Durante la noche cambió el viento y fueron arrastrados sin saber hacia donde, pero en toda ella notaron que se alejaban mucho de la isla, por verse en ella un resplandor rojizo como si se estuviera todo incendiando. En este tiempo refirió Don Pablo á Don Francisco cómo se había salvado del incendio poco después que ellos, descolgándose por el mismo paraje, aunque con peor fortuna, pues sufrió una caída que por mucho tiempo le tuvo privado de sentido. En seguida le dió cuenta del hallazgo de Elena diciéndole, que cuando volvió en sí emprendió el camino de la ciudad, y al llegar cerca del cerro donde él había perdido la huella de los raptos, los vió venir trayendo á su hermana desmayada, lo que tuvo á singularísima dicha, no sólo por recobrar á Elena, sino por hallar ocasión de tomar venganza del corcovado, á quien acometió con tanta furia que sus cómplices, cobardes como lo suelen ser los malvados, y como lo eran casi en general los sinefideinos, se dieron todos á huir, salvo su adversario que quiso defenderse, pero lo hizo tan mal que fué obra de un momento abrirle camino el acero á su fementido corazón, acabándole la vida. Encarecióle mucho lo que habían sufrido con su ausencia creyéndole muerto, luego que Elena pudo dar razón de la emboscada, que sin duda le habían puesto al saltar la cerca, y mucho más le encareció el valor de su hermana, pues advirtiéndole, no más que por darle algún consuelo, que pudiera estar vivo, y haber ido á buscarle á la ciudad, luego quiso encaminarse hacia ella, sin detenerse un punto en el camino, á pesar de la espantosa mudanza que en él se estaba obrando, en términos que muchas veces la rogaba que se detuviese y vieran que no podían seguir adelante sin riesgo de perecer, y ella entonces le daba por contestación el correr más aprisa. Oyendo esto D. Francisco, abrazó de nuevo á Elena con mucho amor, dándole gracias y alabanzas por su comportamiento, que ella con mucha modestia quería reducir á estrechos límites diciendo que estaba en su sexo y condición dejarse llevar

de la voluntad, sin dar tregua al entendimiento para advertir los peligros que se la oponían. Con estas y otras pláticas tomóles el sueño poco antes de la madrugada, y luego que fué de día ya no vieron la isla ni supieron más de ella, dando todos por cierto que yacía en los profundos abismos de la mar. Preguntó D. Francisco al capitán qué rumbo llevaban, y contestándole que el de Lisboa por ser esta la costa más cercana que tenían, se alegró mucho de tomar tierra tan cerca de su patria. En los días siguientes gozaron de mar sereno y tiempo bonancible, arribando al puerto con toda felicidad. D. Francisco, con Elena y su hermano, tomó el camino de Galicia, donde tenía su casa solariega. Poco tiempo después se efectuó la boda con menos aparato pero con más verdad que en Sine-Fide, y fué día de mucho regocijo en la aldea, por la novedad de empujarse la ceremonia con el bautismo de los dos hermanos sinefideinos, siendo tan verdadera su conversión y tanto el gusto que tomaron a la confianza que los hombres se tenían en aquel país, para ellos tan prodigioso como lo era Sine-Fide para D. Francisco, que acabaron por ser los más crédulos y confiados de toda la comarca.

Esta es, lector, la verdadera historia de Sine-Fide. Si te parece fabulosa y disparatada, tómala como los que gustan de cangrejos, que chupan la sustancia y tiran lo demás.

JOSÉ HERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO

DE LA DIÓCESIS DE MADRID-ALCALÁ SOBRE EL DUELO

NÓS DON CIRIACO MARÍA SANCHA HERVÁS,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA, OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.

A todos nuestros amados diocesanos, salud, paz y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.



MPONIÉNDONOS nuestro cargo pastoral la obligación sagrada, no sólo de vigilar para que se conserven entre vosotros inalterables las verdades de nuestra santa Fe, sino también para que resplandezca en vuestra vida la pureza de las costumbres, no podemos menos de exhortaros a que toméis como regla segura de éstas la moral cristiana que brota de aquéllas; la cual, ya por los principios inmutables en que se funda, como por la rectitud y santidad a que guía con sus sapientísimas prescripciones, contiene en sí misma la garantía bastante eficaz de librarnos de culpables extravíos, en que naufraga con frecuencia la dignidad incomparable de nuestras almas, y de movernos a practicar las virtudes cristianas, que son el adorno más precioso de las mismas.

Habiéndonos dicho en forma solemne y oficial, el día de nuestra consagración episcopal, que no abandonáramos nunca la defensa de la verdad, y que, ni deslumbrados por las alabanzas ni vencidos por el temor, tomáramos jamás el mal por el bien, ni el bien por el mal, ni reputáramos por luz a las tinieblas, ni a las tinieblas por luz, nunca habrá para nuestra conciencia necesidad más apremiante de cumplir con ese importantísimo deber que cuando veamos enunciarse públicamente opiniones y teorías inductivas a creer como lícitos actos que están prohibidos; a considerar honesto y racional lo que de suyo es pecado gravísimo y acción criminal, y a dispensar elogios honoríficos a las transgresiones del orden moral.

Atentatorio de éste es el duelo, ó desafío, que por desgracia va siendo frecuente, y aumentando en la medida que los hombres van perdiendo el santo temor de Dios, negando a la Religión el lugar preferente que debe tener en la conciencia individual y en la sociedad, y desechando las enseñanzas ciertas y saludables de la Iglesia, para seguir los consejos peligrosos de opiniones extraviadas y del amor propio, insubordinado simultáneamente contra los soberanos derechos que tiene Dios sobre todas las criaturas, contra los principios de la ley natural, contra las prescripciones canónicas y contra la misma legislación civil.

En medio de los adelantos materiales realizados en nuestro siglo, y cuando tantos esfuerzos se están haciendo en las regiones diplomáticas, en los congresos científicos y en las diarias manifestaciones del pensamiento humano para consolidar la paz entre las naciones, evitar ruinosas y sangrientas guerras

y suavizar cada vez más las relaciones sociales y las costumbres de los pueblos, ¿no es una afrentosa ignominia para la civilización moderna que los mismos que aceptan con mayor entusiasmo las maravillosas creaciones y los portentosos progresos de la misma se obstinen en cohonestar, defender y mantener al lado de sus instituciones una costumbre originaria de pueblos bárbaros, y propia de tribus salvajes que, desentendiéndose de los tribunales que administran justicia y de leyes que determinan el derecho individual, apelen a la ley de la fuerza para vindicar sus agravios y poner término a sus discordias?

Eso viene a demostrar que, como la idea de verdadero progreso social es compleja, sólo pueden participar de sus beneficios los pueblos que saben plantearla ordenadamente y realizarla en todas sus partes, esto es, poniendo primero por base de los adelantos el elemento religioso que muestra al hombre su origen, su fin último y las condiciones que ha de cumplir para llegar a él, y edificando después sobre esas normas y puntos cardinales del orden moral el grandioso alcázar de las ciencias y de las artes, que ilustren la inteligencia humana en los diferentes ramos del saber, y señalen los rumbos que ha de seguir la sociedad, para que los miembros que la constituyen encuentren en ella la mayor suma posible de bienes, gradativamente preparados para satisfacer las legítimas aspiraciones del alma y los nobles deseos del corazón.

Por el contrario, aun cuando se persiga con entusiasmo la idea del progreso, si al realizarla se descarta de ella la Religión, que es su elemento primordial, su vida interna, y la poderosa turbina en que ha de girar su armónico desenvolvimiento; ó si sólo se la admite, no como factor principal de los adelantos y de la concordia de los mismos, sino como un mero accidente, ó por pagar tributo de mera cortesía a tradiciones venerandas, que no sería prudente olvidar, entonces se logrará, tal vez, enriquecer a los pueblos de maravillosa prosperidad, pero ésta será puramente material; y mientras ven su territorio surcado de vías pluviales y líneas férreas, sus puertos convertidos en exposición permanente de materias primas llegadas de leganos países para alimentar todas sus industrias nacionales, embellecidos sus paseos é iluminadas sus ciudades con discos de inmenso resplandor, y defendidas sus fronteras por formidables ejércitos, que garantizan a la vez la paz interior, no podrán evitar que al lado de tantas glorificaciones externas figure el aumento de la criminalidad, la desesperación engendrando el suicidio, el odio de unos hombres contra otros, que sólo se aplaca con lances de sangrienta crueldad, y los gritos de masas haraposas, de cuya conciencia ha sido arrancada por el materialismo la esperanza en otra vida, que exigen bienes y riquezas de la civilización en que viven, para disfrutar y gozar.

Todas esas llagas que presenta la sociedad, siempre que se organiza y funciona divorciada del orden moral, atestiguan que va errada en el camino del progreso; que está enferma de gravedad; que preponderando en ella lo que menos vale y lo que es más bajo, cual es el elemento de la materia, la sucede lo que al cuerpo humano que, perdido el equilibrio de sus humores, sucumbe bajo la acción mórbida y destructora del que ha preponderado, a costa de los demás. Eso prueba que su cultura no es la verdadera, porque no se extiende a perfeccionar las facultades todas del hombre, sino que, por el contrario, mientras le da medios de adquirir un bienestar temporal en esta vida, le deja abandonado en la mayor ignorancia respecto de su suerte eterna; que aunque con sus instituciones forme ciudadanos, no logrará jamás con ellas solas hacerlos creyentes, caritativos, virtuosos y buenos cristianos; que si sus leyes económicas conducen a gran riqueza material, ésta no marchará asociada a la moralidad; y finalmente, por las enseñanzas de la historia y por propia experiencia se persuadirá y tendrá que confesar que en los estados constituidos sin Dios, sin Religión, y sin el cumplimiento de los preceptos morales que ésta impone, todo lo más a que se puede aspirar es a evitar que en ellos reine la barbarie de la ignorancia; pero que hay que resignarse a sufrir los vértigos y crímenes espantosos de otra barbarie mucho peor, cual es la de la ilustración.

Que en nuestros días se vaya sintiendo la invasión de esta segunda barbarie, lo comprueba la estadística de atentados, traiciones, planes anárquicos, asesinatos, suicidios, violaciones del pudor y otra innumerable multitud de delitos concebidos y ejecutados con el auxilio y medios suministrados por un progreso científico, envanecido de sus propias luces, y divorciado enteramente del orden divino, ó al menos indiferente a la observancia de las obligaciones que provienen del mismo.

Sólo así se explica que entre tantas luces y adelantos de nuestro siglo, pueda subsistir la costumbre

detestable del duelo, que revela un gran rebajamiento moral, a que no llegaron jamás las civilizaciones paganas; pues si bien abundaba en ellas la corrupción de costumbres, sin embargo, alumbradas solamente de la luz de la razón, comprendieron que no era medio idóneo y proporcionado, para recuperar el honor, el matar ó herir al ofensor, y el exponerse a que éste causase la mutilación ó la muerte al ofendido; y así se ve que nunca se ha dicho que César intentase apelar al duelo para vengar las ofensas de Catón, ni que Pompeyo ofendido pensase en mandar a César el cartel de desafío.

Si posteriormente hubo períodos históricos en que nacieron algunas instituciones, y surgieron abusos que fueron poderosos auxiliares del duelo, parecía natural que éste hubiera desaparecido desde el momento que cayeron sobre él la condenación y anatemas de la Iglesia, la prohibición y severas penas de la legislación civil, y sobre todo después de haberse operado un cambio tan completo en las ideas, opiniones, sistemas, costumbres populares, y circunstancias que entonces prepararon los ánimos a dejarse dominar de las exageraciones y extraviado concepto acerca del honor y del verdadero valor, y sobre el modo de vindicar el primero y de probar el segundo.

Sin embargo de eso, el duelo, que llamaba Juan Jacobo Rousseau *el antiguo grado de brutalidad a que pueden llegar los hombres*, subsiste todavía y entra a formar parte de las costumbres contemporáneas, encontrando apoyo y protección, no en las aldeas y pueblos rurales, sino en las ciudades más populosas y más cultas, sin duda para vergüenza y confusión de la altivez intelectual de los que pretenden tener en su mano el secreto de resolver, sin contar para nada con Dios, todos los problemas de la vida y destinos del hombre; y de labrar la paz y prosperidad social dentro de los horizontes en que no hay más soberanía que la de la razón, ni otros bienes que los que el árbol del naturalismo puede producir. Si lo que más desacredita a los hombres pensadores es la contradicción, no reparan que incurren en ella los que, reputándose ilustrados y aceptando teórica y prácticamente la licitud jurídica y moral del duelo, repudian después en nombre del derecho moderno los procedimientos de fuerza y no hallan expresiones bastante duras para calificar de bárbaras y salvajes leyes como la del irlandés Lynch, que autoriza al ciudadano a tomarse la justicia por sí mismo.

La Iglesia, nuestra Madre, que se inspira en altos sentimientos de amor hacia todos los hombres, y muy especialmente hacia los que pertenecen a su seno y siguen sus enseñanzas, ha reprobado siempre el duelo concertado entre personas privadas por resolución propia de las mismas, como un acto intrínsecamente malo; de manera que, ni por la calidez y nobleza de los que le llevan a cabo, ni por la respetabilidad y poder de la opinión que le defiende, ni por la costumbre inmemorial que le autoriza, ni por ninguna otra circunstancia de tiempo ó lugar en que se funde, podrá jamás cohonestarse ni dejar de ser contrario al orden moral. Aun suponiendo la sociedad tan atrasada como se quiera en su civilización, de modo que ni haya en ella jueces ni tribunales que administren justicia, aun en ese estado de tanto retroceso, constituiría el duelo un pecado mortal, y no sería lícito a ningún miembro de aquélla el provocar a otro al desafío, porque por la misma ley natural, aparte de cualquiera otra disposición ó derecho escrito, está obligado el hombre a evitar el peligro inminente de perder la vida de su cuerpo, y de condenar su alma, y también de inferir esos daños inmensos a su prójimo.

Como la regla de la moral es una, y no se altera, ni con el cambio de los tiempos, ni con el clima diferente de los países, así también debe ser una la conciencia de los hombres en todo lo que se relaciona con el orden moral; y por tanto, no se puede tener por lícito en teoría lo que se reprueba como malo en la práctica, ni haber para el entendimiento una doctrina que sea contraria a la que informe los actos de la voluntad, y finalmente, ni cabe en rectitud y verdad, ni lo permite el decoro natural, que el hombre piense a lo cristiano y obre a lo pagano.

De ahí es que en todos tiempos la Iglesia, en su calidad de Maestra infalible de la fe y de la moral en las costumbres, ha reprobado las opiniones y teorías encaminadas a sostener la licitud del duelo, y promulgado severas penas contra los que le intentaren y ejecutasen, poniendo así sus disposiciones canónicas en absoluta y completa conformidad con el derecho divino, según el cual está prohibido el homicidio, y por consiguiente lo están también los medios que llevan inherente, por conexión necesaria, el peligro de perpetrarle, ó de causar al hombre mutilación ó herida grave en su cuerpo; así como también es contrario al mismo derecho servirse del desafío

como medio seguro y legítimo de probar la inocencia de uno de los contendientes, ó la razón que le asiste en los puntos de disidencia que haya entre los mismos, porque semejante procedimiento, sobre ser malo por su naturaleza, es además supersticioso, y con él se injuria y se tienta á Dios, exigiéndole que se acomode al deseo desordenado de la humana voluntad y á que se separe de su providencia ordinaria, haciendo prodigios y milagros sin causa justa ni motivo bastante para ellos.

Por ser el duelo un delito tan grave y tan contrario á la caridad, á la justicia y á la piadosa edificación del pueblo cristiano, los Romanos Pontífices ejercitaron por espacio de ocho siglos todo el celo de su autoridad apostólica para extirparle, anatematizarle y hacerle cada vez mas aborrecible por su deformidad ante la consideración de los fieles; y consta por testimonio de autorizados tratadistas y doctos expositores de los Sagrados Cánones, que desde el Papa Nicolás I hasta Benedicto XIV, los sucesores de Pedro en la Cátedra Apostólica no dejaron de mirar como un deber de su altísimo Ministerio el sucederse también unos á otros en la ocupación constante de arrancar una planta tan venenosa del campo de la Iglesia, y una enfermedad tan contagiosa, en que peligraba la salud de muchas almas. El Santo Concilio de Trento, comprendiendo la funesta trascendencia de una costumbre, propia de pueblos bárbaros, pero altamente escandalosa, repugnante y contraria á las tradiciones y saludables prácticas de la grey cristiana, mandó y decretó que en todo el orbe católico quedase enteramente abolido y exterminado el abuso detestable del duelo, que habia sido introducido por astucia diabólica, á fin de conseguir la condenación de las almas por medio de la muerte sangrienta de los cuerpos; y que el Emperador, los Reyes, Duques, Marqueses, Condes y todos los demás señores temporales, de cualquier clase que fueren, que concediesen lugar en sus dominios para que en él se verificase la monomachia, ó sea el desafío, entre cristianos, fueran excomulgados desde aquel momento y se reputasen privados del dominio y jurisdicción sobre las ciudades, lugares y tierras en que se hubiere efectuado el duelo, si los hubieren recibido de la Iglesia. Al propio tiempo, á los que se batieren en duelo y á sus padrinos impone la pena de excomunión, de perpetua infamia y de pérdida de sus bienes; y además la de ser castigados con la penalidad que los cánones establecen contra los homicidas, y el ser los primeros privados de sepultura eclesiástica, si murieren en el mismo acto del desafío. Últimamente, sujeta á la pena de excomunión y perpetua maldición á todos los que aconsejaren el duelo, ya bajo el concepto del derecho, ya del hecho, así como también á los que persuadiesen á alguno para que le realizase, y lo mismo á los que concurriesen á verle, sin que pueda favorecerles privilegio ni costumbre alguna en contrario, aunque fuese inmemorial.

Por la Constitución *Illius vices*, dada por el Papa Clemente VIII el año 1592, primero de su Pontificado, además de confirmar y declarar en su fuerza y vigor todo lo que sobre el duelo habia sido estatuido por el Santo Concilio de Trento y por el Papa Gregorio XIII, se declaró que en las penas impuestas para reprimirle y evitarle se incurriera, ya fuera el duelo solemne, ya privado, y aunque de él no resultase muerte ó mutilación, ó se concertase con la condición de darle por terminado desde el momento que uno de los contendientes fuera herido, ó se hubiere disparado cierto número de golpes ó de tiros por cada uno de ellos; que además de los duelistas y padrinos se reputasen incurso en las penas canónicas los que provocan, auxilian de palabra ó por obra, acompañan y dan armas, caballos, favor y medios para el duelo, aunque éste no se

lleve á cabo, cualquiera que fuere la causa que lo impida; que á la misma penalidad estuviesen sujetos los Magistrados, Presidentes y Jefes militares que permiten el duelo, ó no hacen lo que pueden para impedirle, ó no le castigan después de efectuado, y lo mismo los que de propósito asisten á presenciarse, y con su presencia influyen y animan á que se realice; y finalmente, que todas las penas mencionadas se entiendan, para sus efectos, respecto de los que por escritos ó manifestaciones preparan los ánimos al duelo, ó por medio de denuncias, relatos, declaraciones y testimonios dan ocasión para el mismo; y también los que, en nombre propio ó de otro, redactan, dictan, escriben, imprimen, envían y publican las cartas ó escritos con que se intima ó notifica el duelo; estando exentos de tales censuras los que dan consejo para conseguir que á todo trance se evite semejante delito, aun cuando no lo alcancen, y queden estériles y frustrados sus esfuerzos.

3.º No incurre en las censuras eclesiásticas establecidas contra los duelistas el Jefe ó el Oficial militar que acepta el desafío por temor de perder su fama ó su empleo.

4.º En el estado natural del hombre es lícito aceptar y retar al duelo, para conservar con decoro la fortuna, si no hay otro medio de evitar que ésta sufra perjuicio.

5.º Esa misma lícitud, referente al duelo, en el estado natural del hombre, es aplicable á una ciudad mal gobernada, en la que por negligencia ó malicia de los Magistrados se niega claramente la justicia.

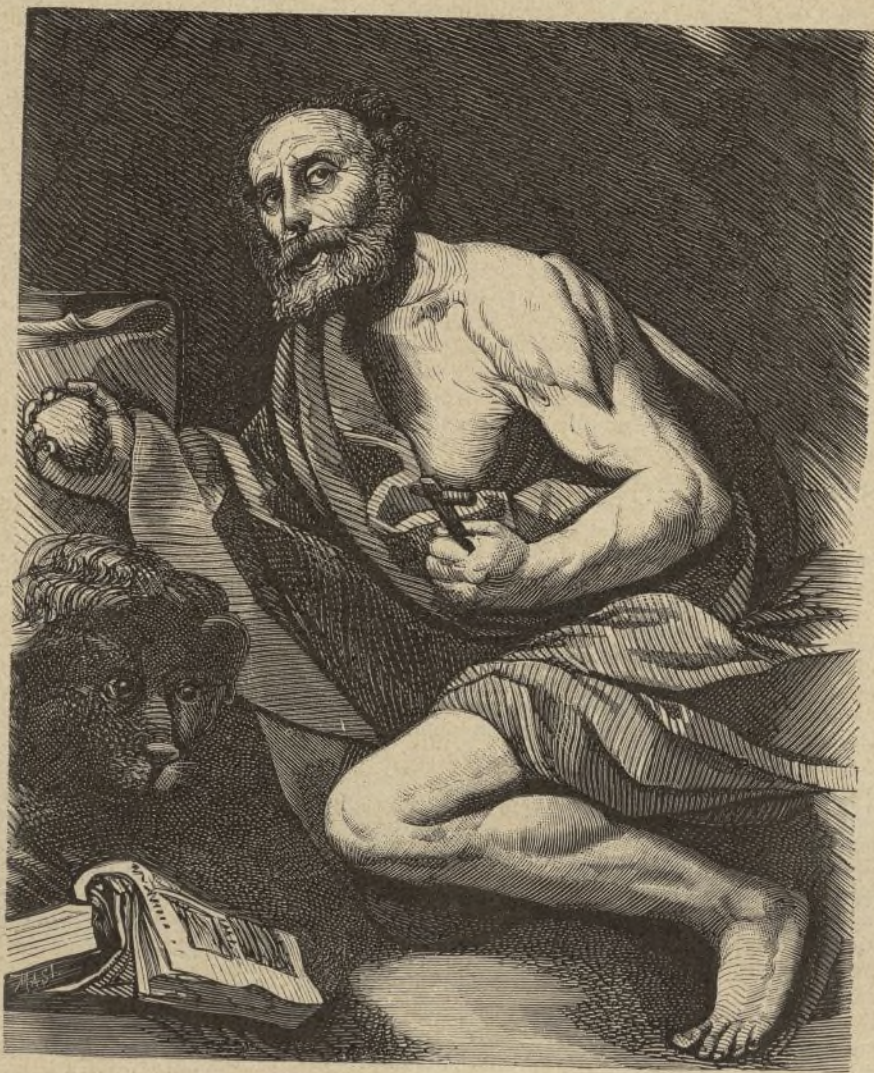
Al ver el Papa Benedicto XIV, esa gran lumbre del derecho canónico y civil, la enseñanza peligrosa contenida en las cinco proposiciones susodichas, promulgó una memorable Constitución, en la que, alabando y confirmando todas las disposiciones emanadas hasta su tiempo de la Cátedra Apostólica acerca de la monomachia ó duelo entre personas privadas, condena y reprueba las citadas proposiciones como falsas, escandalosas y perjudiciales;

é impone la pena de excomunión á los que se atrevieren á defenderlas, enseñarlas y propagarlas, ya lo hicieren secreta ó públicamente. Al mismo tiempo insiste en ponderar la gravedad del duelo, diciendo que es un abuso y un libertinaje altamente criminal, y exhorta encarecidamente á los Reyes, Príncipes, Magistrados, Jefes de la milicia y poderes públicos, que profesan la fe católica, para que en cumplimiento de sus deberes para con Dios, junten sus esfuerzos, á fin de oponerse á la desastrosa licencia de los desafíos, con la cual se pone en peligro la tranquilidad de los reinos, la seguridad y la moral de los pueblos, y además se compromete, no sólo la integridad de los cuerpos, sino también la salud eterna de las almas, advirtiéndoles tengan entendido que no llenan bastantemente el deber que les impone su conciencia, su fe y el cargo que ejercen, con dictar leyes é imponer severas penas para extirpar tan horrible crimen, si después no se muestran inexorables en hacer que se cumplan esas mismas leyes y se ejecuten las penas, en lo que pondrán todo su cuidado si consideran que Dios, supremo Juez de todas las cosas, ha de exigir algún día estrecha cuenta á los que están encargados de defender y amparar los derechos divinos y los humanos, y de conservar la vida de los hombres, por los cuales Jesucristo ha derramado su precioso sangre.

La piedad de nuestros Monarcas, y el amor y veneración que siempre profesaron á la Cátedra Apostólica, no podía mostrarse insensible á los temores, quejas, decretos y exhortaciones de la Iglesia

y desde luego, para disminuir y reprimir éste, dictaron disposiciones conforme al espíritu en que estaban inspirados los Sagrados Cánones. Por ley publicada en Toledo el año 1480, se dice:

Una mala usanza se frecuente agora en estos nuestros Reinos, que quando algun caballero, ó otra persona menor tiene queja de otro, luego le envia una carta, que ellos llaman cartel, sobre la queja que dél tiene; y desta y de la respuesta del otro viene á concluir que se salgan á matar en lugar cierto, cada uno con su padrino ó padrinos, ó sin ellos, segun que los tratantes lo conciertan; y porque esto es cosa reprobada y digna de punición, ordenamos y mandamos que de aqui adelante persona alguna, de cualquier estado y condición que sea, no sea osado de facer, ni enviar los tales carteles á otro alguno, ni lo envíe á decir por palabra; y cualquier que lo contrario hiciere, siquier sean dos ó muchos, cayan é incurran por ello en pena de alevé, y hayan perdido y pierdan por ello todos sus bienes para la nuestra Cámara; y el que rescibiere el cartel y aceptare la respuesta haya perdido y pierda todos sus bienes para la Cámara, aunque trance y pelea no venga en



SAN JERÓNIMO PENITENTE.

(Cuadro de José Ribera, el Españoleto.)

La malicia y sagacidad en que se inspira el espíritu de perdición, á pesar de penas tan terminantes y de circunstancias tan concretas y detalladas, publicadas con autoridad apostólica para retraer á los fieles de las ocasiones y peligros de tomar parte en el duelo, consiguieron fascinar y excitar el amor propio de algunas almas, poco firmes en la fe y destituidas de humildad cristiana, para que, so pretexto de poner á salvo su dignidad y sus intereses, eludieran el cumplimiento de las prescripciones canónicas, y afirmaran:

1.º Que se halla exento de culpa y de pena el caballero militar que, de no provocar ó aceptar el desafío, ha de ser reputado como cobarde, indigno é inepto para cargos de la milicia, ó teme que ha de ser destituido del empleo que disfruta, con el cual atiende á su subsistencia y á la de su familia, ó por lo menos de no ser jamás ascendido ni aun al grado que en justicia tiene merecido.

2.º Que con el fin de defender el honor ó de evitar el desprecio, puede dispensarse á los contendientes para que admitan ó provoquen al desafío, cuando saben con certeza que éste no ha de llevarse á cabo, porque hay quien le impida.



ESCALERA DE LA PUERTA ALTA Ó DE LA CORONERÍA EN LA CATEDRAL DE BURGOS

efecto; y si de ello se siguiere muerte ó heridas, y el requestador quedare vivo de la requesta ó trance, muera por ello; y si el requestador quedare vivo, sea desterrado del Reino perpetuamente. Y porque en los tales delitos tienen gran culpa y cargo los tratantes que llevan y traen los mensajes y carteles desto, y los padrinos que usan con ellos, mandamos que ningún sea osado de ser en esto tratante, ni llevar ni traer los carteles y mensajes, ni sean padrinos de tal trance ó pelea, so pena que por el mismo fecho caya ó incurra cada uno de ellos en pena de alevé, y pierda todos sus bienes, y sean las dos terceras partes para la nuestra Cámara, y el otro tercio para la persona que le acusare, y para el juez que lo sentenciare; y que los que miraren, y no los despartieren, pierdan los caballos, ó mulas en que fueren, y las armas que llevaren; y si fueren á pie, que pague cada uno seiscientos maravedís, y que estas penas se repartan en la forma susodicha.

A pesar de la severidad penal de esa Real disposición, bien fuera porque no se aplicase á los delinquentes, ó porque el mal estaba muy arraigado en las costumbres públicas, no dió el resultado que se deseaba, y fué preciso tomar nuevos acuerdos para reprimir la frecuencia de los desafíos. Con ese fin se derogó por Real decreto de 1678 todo fuero especial, y se sometió á la jurisdicción ordinaria el conocimiento de esos delitos, promulgándose también en 1701 la Ordenanza que impuso á los Oficiales de ejército, que tomasen pistola ó espada unos contra otros en desafío, la pena de privación de sus empleos, y la de muerte al agresor; cuya penalidad recibió mayor fuerza y extensión por las Reales pragmáticas de Felipe V en 27 de Enero de 1716, y de Fernando VI en 9 de Mayo de 1757, en las que se declaró que el desafío era un delito que causaba infamia; que serían castigados con la pena de muerte y confiscación de bienes los duelistas, y con la privación de oficio, rentas, encomiendas y nota de alevés los padrinos y demás personas que de alguna manera cooperasen á la perpetración de aquél; y que asimismo los jueces y justicias procediesen al castigo de los reos bajo la pena de suspensión de sus cargos y de inhabilitación legal por seis años para obtener otros, sin perjuicio de ser reputados y penados como cómplices del delito, si fuere grave ó maliciosa su omisión en conocer del mismo.

Si al rigor que presentan esas Reales disposiciones se hubiera juntado un trabajo perseverante para cambiar la opinión pública, inspirando por medio de la educación y de los ejemplos de rectitud y de moralidad el aborrecimiento y repugnancia que se debe tener al duelo, no solamente por ser en sí mismo un medio brutal é irracional de esclarecer y determinar en cuál de los contendientes está el derecho y la inocencia, sino también por el cúmulo de odios, discordias y desgracias que deja en las familias y en la sociedad, mucho más se hubiera adelantado en el camino de suavizar las costumbres; y conforme hubiera ido tomando incremento é influencia el sentimiento religioso en los ánimos y en la vida individual, en la misma medida se hubiera visto disminuir el escándalo del desafío.

No fué extraña á ese fin la Real orden de 6 de Septiembre de 1837, en la que se enseña que la gravedad de nuestras costumbres se ofende con esa clase de escenas, que son tanto más funestas y de tanto mayor escándalo, cuanto que á la efusión de sangre y á la muerte de un excelente ciudadano suele acompañar una solemnidad exterior, revestida de las formas de nobleza y de hidalguía; por lo que se reconoce la imperiosa necesidad de que desaparezca la fría atrocidad del duelo, tan repugnante á la moral y á las leyes patrias, como impropia de un pueblo cristiano, que discierne perfectamente el honor verdadero del falso, y asiste con su opinión en favor de la inocencia.

Aun cuando comparada la antigua legislación con la moderna, se ve que hay entre las dos distancias inmensas y que el criterio que ha informado la primera en material criminal es muy distinto del que ha imperado en la segunda, sin embargo, el Código penal vigente establece las penas de detención, inhabilitación para cargos públicos, confinamiento, destierro, arresto, prisión correccional, prisión mayor, multas pecuniarias y otros castigos contra los duelistas y los que cooperan á que el duelo se ejecute, según las diferentes circunstancias atenuantes ó agravantes que concurren en cada caso; de donde se deduce que los que para volver por su reputación lastimada, ó para la reparación de agravios recibidos, toman la venganza y la justicia por sí mismos, acudiendo al terreno vedado del desafío, no solamente se olvidan y desprecian su fe y dignidad de cristianos, sino que también quebrantan las leyes patrias y faltan á su deber como ciudadanos, dejando con su depravada conducta un ejemplo detestable, para alentar á otros á insubordinarse contra los principios fundamentales en que descansa toda so-

ciudad, como son el orden moral, las leyes que se inspiran en él y los Tribunales de justicia encargados de aplicarlos.

Esa rebelión contra las augustas prescripciones de la Religión, de la moral y del Derecho canónico y civil, es tanto más culpable, cuanto menos fundamento tienen los motivos que suelen aducirse por los que provocan al duelo, como medio de recuperar la honra en que se sienten lastimados, y de vengar el agravio que les fué inferido. La honra consiste en la estimación pública que se tiene merecida; de manera que, racionalmente hablando, no está en la persona que recibe el honor, como enseña Santo Tomás, sino en los que se le dan.

El verdadero honor se funda en la virtud, en la rectitud y en el bien obrar, y guiado de esa regla inconcusa el pueblo romano, alumbrado sólo de la luz de la razón, cuando elevó un templo al honor, puso por condición que para entrar en él era necesario antes pasar por la virtud, dando así á entender que no debe reputarse por honra legítima, sino bastarda y aparente, la que está sostenida por el amor propio desordenado, por los respetos humanos, por la vanidad ó por la ambición. El que es buen cristiano, justo, honesto, respetuoso, obediente á la autoridad y cumplidor fiel de las leyes; el que ama á su patria, sacrifica el bien particular al general, combate el error, defiende la verdad, aborrece la superstición, resiste con valor la inmoralidad, protege al inocente oprimido, ampara á la viuda y al huérfano, prueba su caridad heroica en las calamidades públicas, y se olvida de sí mismo cuando se trata de servir á Dios, á su Religión y á sus semejantes, librándolos unas veces de las llamas y otras de las inundaciones, ese tiene mérito de la virtud, y es por tanto acreedor á la estimación, al respeto y alabanza de los demás.

Mas si éstos, en vez de tributarle el testimonio de estimación y de honor que le es debido, le persiguen, insultan y le desprecian, esa ingratitud y afrentas no le deshonran á él, sino á los que injustamente se las infieren, porque mientras la opinión de éstos varía y se extravía en la ceguedad de las pasiones y de preocupaciones insensatas, el corazón de aquél permanecerá puro é inmaculado, y su virtud pasará inalterable á otras generaciones más imparciales, justas é ilustradas, que inspirándose en el buen sentido y en la razón, las dispensarán los honores que le negó una depravada pasión; por donde se ve que la base del honor verdadero no depende de los tiempos, lugares y opiniones, ni pasa y vuelve como las modas, sino que descansa en las reglas fundamentales de lo justo, honesto y verdadero, de las cuales sacan los gigantes de la sabiduría el fallo supremo é inapelable con que declaran honrado y justo al hombre que perdona agravios y rechaza el duelo para no ser homicida, y condenan al que, faltando á su conciencia, á su religión y á las leyes patrias, asesina á su prójimo y deja para siempre en desgraciada orfandad á la familia del mismo.

Es además contrario á la razón y al sentido común elegir el duelo como tribunal competente y dotado de condiciones para fallar y determinar cuál de los contendientes es el ofendido y cuál el ofensor; porque sabido es que el éxito en los desafíos depende de la fuerza, de la destreza en el manejo de las armas y de la casualidad; y ninguna de esas tres cosas es idónea para establecer con acierto y justicia en cuál de los combatientes está la culpabilidad ó la inocencia, dado que no siempre sale victorioso el que tiene ésta de su parte, sino que al contrario, siendo ciega la punta de la espada y el plomo del proyectil, y careciendo de virtud y de luz para dirigirse al corazón culpable, muchas veces queda tendido en el suelo el probo y honrado, y sale incólome y triunfante el criminal.

Ni para cohonestar el duelo basta decir que está en favor suyo la opinión pública, que reputa por vil y cobarde al que no le acepta; porque aparte de que muchas veces se toma por opinión pública lo que es un extravío del corazón agitado de pasiones innobles, ó el eco de alguna escuela que vive de la vulgaridad del escándalo, y se alimenta de la inconsecuencia y de la contradicción, nunca la opinión, por poderosa que sea, y aunque cuente con el apoyo de los apóstoles del gusto caballeresco, puede tener valor alguno ni gozar de virtud bastante para prevalecer sobre el derecho y la razón; y así como aunque se pusieran de acuerdo todos los hombres, y los pueblos, y las ciencias, para determinar que en adelante todos los vástagos de la estirpe humana naciesen con un solo brazo ó con un solo pie, verían frustrado su insensato propósito, y en nada cambiarían la humana naturaleza, que seguiría propagándose conforme á las leyes de su nativa condición, así también la opinión pública, por ilustrada que pueda ser y por encarnada que se le suponga

en las costumbres, y por grande que sea su extensión y dominio en las tradiciones é historia de los pueblos, no podrá mudar nunca, ni alterar en lo más mínimo, el sér moral del duelo; y aunque predique su licitud y sostenga que es justo y honesto, su sentencia quedará siempre desacreditada ante la fuerza incontrastable de la razón humana, hermoso destello de la razón eterna de Dios, que le condena y reprueba como intrínsecamente inmoral, inicuo y criminal.

Aparece con mayor claridad la deformidad y malicia del duelo ante el examen de la sana filosofía y de la revelación, porque estas dos lumbreras de la humana inteligencia nos enseñan que el hombre ni es creador de sí mismo, ni tampoco hay posibilidad de que lo pudiera ser, sino que ha recibido de la soberana munificencia é infinita bondad de Dios la vida y la existencia que tiene; y así como en el estado natural de las cosas materiales, cuando éstas no se han aplicado todavía al servicio de la criatura racional, ni por acto alguno legítimo de la misma han sido apropiadas, á nadie podrían pertenecer con mayor derecho que al que las dió la forma accidental que las distingue de las demás; porque la nueva perfección que han recibido, en que se refleja la inteligencia y el trabajo del que las transformo, es para éste el título más precioso de propiedad; así también con mayor motivo en el orden de la creación nadie puede tener supremo y exclusivo dominio, ni derecho de propiedad indiscutible sobre la vida y existencia del hombre más que el Dios Omnipotente que le creó de la nada á su imagen y semejanza, y le dió, no solamente la forma accidental, como al mármol se la da el tallista, sino la naturaleza y forma sustancial y el sér racional en toda su integridad, enriquecido de las perfecciones y atributos adecuados á su altísimo destino; y le dispuso además la providencial conservación de su privilegiada naturaleza en el estado de su maravillosa y excelente jerarquía, equivale al prodigio de una segunda creación. Si pues el derecho de propiedad sobre la vida del hombre pertenece exclusivamente á Dios, que es su Dueño y Señor, será deber del hombre conservarla fielmente como un sagrado depósito, y limitarse á usufructuarla conforme á las reglas y condiciones que le han sido prescritas para que pueda llegar á su último fin; de donde se deduce que el exponerla arbitrariamente al peligro de perderla y destruirla, antes que Dios se la pida, es hacerle una sacrilega injuria y violar su soberano derecho de propiedad, contrariando al mismo tiempo el orden establecido por él y quebrantando la ley natural. El duelo, por tanto, en que el hombre, abusando de su libertad, compromete un bien tan precioso, y dispone de él como si fuera suyo, es inicuo por su naturaleza, contrario á los principios de justicia, y funesto instrumento para causar la desgracia eterna de las almas, y la perturbación y ruina de muchas familias en lo espiritual y en lo temporal.

Es también perjudicial á la misma sociedad civil, porque además de la inmoralidad que causa en ella, así en el período de su preparación, como en el de su ejecución, faltando públicamente á la caridad debida al prójimo y á la obediencia y cumplimiento de las leyes que prohíben ese delito, es origen de innumerables discordias, que se perpetúan entre los pueblos; de crueles venganzas tomadas á impulsos del resentimiento, y ocasión de muchos asesinatos y mutilaciones que privan á la patria de ciudadanos útiles para servirla y para defenderla en momentos de peligro. El docto Jesuita Teófilo Raynaud aseguraba en su tiempo que con los hombres muertos é inutilizados en el duelo podía formarse un numeroso ejército; y el Canciller Bacon en un memorable y razonado discurso que pronunció en el año 1614 contra la salvaje costumbre del desafío, atestigua que era tanto el furor y la pasión por cometer ese crimen, y tantas las desgracias que por doquiera causaba, que fué preciso adoptar severas y enérgicas medidas para librarse de él como de una peste, hasta que se consiguió extinguirle casi por completo, sin que por eso perdiera nada de su grandeza y valor el pueblo inglés, sino que, al contrario, ganó mucho en poder y dignidad. Si eran tantos los males que hace dos siglos causaba á la sociedad el duelo, puede asegurarse que no serán menores los que éste cause en nuestros días, en que por una parte se ha disminuído en los códigos la penalidad para reprimirle, y por otra se ha exagerado en tal manera la autonomía del hombre, que, rechazando la dependencia que tiene de Dios, los deberes que le ligan para con el orden sobrenatural y la esperanza en la vida futura, mira su voluntad como la fuente de todo derecho, su razón como la regla de toda verdad, y su persona como un soberano inviolable, resultando de ahí que, deslumbrado por el soberbio concepto que tiene de sí mismo, y endiosado neciamente con lo que llama su decoro, su honor y su

dignidad, es capaz de sacrificar a un punto de vanidad sus más sagrados deberes por la ofensa más ligera que se le infiera, ya sea una palabra desatenta, un gesto, ó si su prójimo le miró al través, de frente ó si dejó de mirarle completamente.

(Se concluirá.)

UN EPISODIO

ANTES de amanecer el día de la Asunción del año 1534, un cojo, que á pesar de su enfermedad andaba con paso fuerte y acelerado, descendía por la gran calle de Santiago al barrio de la Universidad; vestía el traje de los estudiantes pobres, aunque aparentaba haber llegado por los años á la mitad de su vida; pero en vez del tintero que llevaban de ordinario los de su oficio, no tenía otra cosa al lado que su rosario. Una gruesa cuerda pasada por encima de su viejísima capa sostenía un morral de tela, arma excelente para andar de noche por París, mejor aun que la espada ó el palo, porque los rateros nunca saltan á los mendigos.

En el momento que costaba nuestro estudiante el pretil del puente desierto, dieron las tres de la mañana en el reloj de la Santa Capilla. Volviendo los ojos hacia lo alto del Sena, poblado de casas negras, saludó con la señal de la cruz la cuadrada mole de Nuestra Señora. Ninguna claridad anunciaba la proximidad del día.

Es la hora en que todo duerme en París, lo mismo en el siglo XVI que en el siglo XIX. Al atravesar la ciudad á lo largo de las callejuelas intrincadas á manera de una red que envuelven los mercados, nuestro estudiante con su morral no halló un alma hasta la puerta de Montmartre, colocada en los alrededores de la calle de Mallo.

La barrera estaba cerrada. El guarda de noche preguntó al cojo: ¿dónde va usted? El cojo le respondió: Voy á la capilla del Santo mártir á celebrar la fiesta de la siempre Virgen María.

El guarda dijo: tiempo de sobra le queda á usted hasta la hora de la primera misa. Tome usted á la derecha por la vereda de los Poissonniers, pues el otro camino más ancho está atajado por los trabajadores de las aguas de Porcherons. El cojo tomó la vereda de los Poissonniers atravesando aquellos bosquecillos, en los cuales debía establecer el siglo XVIII toda una ciudad de figones filosóficos, bajo el nombre de la nueva Francia, y llegó á Montmartre del lado Oriente por los campos que se extendían entre la aldea de la Capilla de San Dionisio y el lugarejo de Clignancourt, en el punto llamado Fontanelle, y también la Fota de Agua, que el pueblo ha dado en llamar la Fota de Oro.

Por el escarpado sendero de Fontanelle fué por donde ganó la cumbre de Montmartre.

Reinaban todavía las sombras, cuando al llegar á lo alto ocupado por el cementerio, detrás de la iglesia parroquial en el lugar donde se han hecho actualmente los cimientos de la Basílica ofrecida al Corazón de Jesús por el voto de Francia, se detuvo fatigado, miró en torno suyo, y exclamó: soy el primero en acudir á la cita.

Y se puso á descansar, no sentado ó recostado, sino de rodillas, para rezar el Rosario.

Todo era silencio en aquella desnuda cresta: sólo el viento de las noches del estío pasaba dulce y sereno. Aun dormía la aldea de Montmartre que derramaba sus primeras casas á derecha é izquierda de la iglesia. Nada se veía sobre la redonda superficie de la cuesta entre nuestro estudiante y el muro del cementerio sino algunos bultos negros é inmóviles piedras, quizá, como aquellas de que están sembrados los campos druidicos.

Sonaron las cuatro en el reloj de la iglesia, y en seguida el repique de la abadía llamó al oficio de maitines.

Entonces levantóse uno de los bultos que parecían piedras, después dos, después todos. Eran seis; y levantándose á su vez el estudiante cojo, exclamó: ¡bendito sea Dios, creíame el primero, y he sido el último!

Al levantarse el sol iluminó á aquellos jóvenes que rodeaban á nuestro estudiante, el cual era de más edad que ellos y tenía el aire de un maestro en medio de sus discípulos. Llamábase Ignacio de Loyola.

Los que rodeaban, pues, á Ignacio de Loyola aquella mañana en el lugar de la cita eran Pedro Lefèvre, sacerdote; Francisco Javier, Diego Laines, Alonso Salmerón, Nicolás de Bobadilla y Simón Rodríguez Acevedo, estudiantes. Todos debían tener gran parte, aunque no igual, en la gloria de su maestro.

El más viejo, Lefèvre, tenía veinticuatro años; el más joven, Salmerón, llegaba apenas á los diez y ocho.

Ignacio de Loyola cumplió, en efecto, su promesa: habló en medio de aquel grupo de almas escogidas que le escuchaban con entusiasmo.

He aquí algunas de sus generosas y hermosísimas palabras: «Hermanos é hijos míos: estaréis impacientes porque desde hace días aguardáis algo de mí, pero también yo vengo esperando con paciencia hace catorce años. Catorce años ha que levanté mis ojos al cielo y los bajé hacia el mundo, investigando lo que el cielo prepara al mundo y lo que éste medita contra el cielo.

«No os preguntó si queréis combatir. ¿Para qué? Sé que vuestra voluntad se entrega á la voluntad de Dios. Y sé que sois la *Compañía de Jesús*. Así os llamaréis: oidme, no tomáis vosotros ese nombre, Dios os lo da.

«Alcanzaréis triunfos tan espléndidos, que temeroso el odio se levantará en torbellino á vuestro alrededor como el agua agitada y espumosa cuando se introduce en ella el hierro enrojecido.

«Y sufriréis reveses tan terribles, que vuestros enemigos os darán con el pie creyendo que pisan vuestro cadáver.

«Entonces no les heriréis; y sin embargo, caerán derribados... Nunca heriréis.

«Iremos como nuestro Divino Maestro andaba por Judea, con los brazos abiertos y el corazón también. Nosotros somos hoy lo que ayer era yo solo: la Compañía fundada para llevar la Cruz de Jesús.

«Cada uno de vosotros caerá á lo largo del camino, agobiado bajo el peso de esa carga dulce y terrible, es cierto, ¿pero qué importa? La obra vivirá y prosperará. Lo sé.

«La Compañía de Jesús vencerá en Jesús y por Jesús.

«Algunos extraviados hay ya que vacilan y preguntan por el camino derecho; nosotros se lo mostraremos: mas esto es poco.

«Hay también multitud de almas que los niños, los tiernos niños de quienes Jesús decía: «Dejadlos venir á mí;» daremos la mano á estos niños para llevarlos á Jesús; esto también es poco por ahora, aunque sea mucho para después.

«Pero existen otras muchedumbres de almas imposibles de contar como las arenas de las playas, que viven en las tinieblas al otro lado de los mares... Javier, veo que brillan tus ojos; sé que te parte el corazón el relato de los viajeros que dicen cómo pesa el yugo del demonio sobre las Indias, el Japón, China, Africa, América: en una palabra, sobre la mayor parte de la tierra.

«Javier, tu irás, nosotros iremos, la Compañía de Jesús irá á pagar con el precio de la sangre de sus mártires tantas almas como la Iglesia ha perdido en el naufragio de la Reforma, y el doble, y el triple, de tal suerte, que el rebaño del Buen Pastor se llenará y acrecentará.

«Ha llegado la hora de oponer á las revueltas olas un dique formado con corazones puros. No basta la oración, es menester obrar. Tiempos atrás reunieron otros para imitar á María la de Betania en su piadosa contemplación á los pies de Cristo. Dichosos ellos, alabémosles; pero no nos limitemos á imitarlos.

«Tócanos á nosotros ser los hijos de la hacendosa Marta. Seremos sacerdotes al mismo tiempo que religiosos, y desempeñaremos todas las funciones de los sacerdotes. El estudio, el confesonario, el púlpito, la escuela y la limosna; tanto el pan espiritual como el temporal; esa es nuestra misión.

«Combatir el mal presente, preparar el bien para lo porvenir, llevar la divina palabra hasta el corazón del cisma y á todas partes donde se ataque la verdad: ir á buscar el error y la ignorancia hasta los confines de la tierra, enseñar á los pequeñitos á deletrear, á los adolescentes á creer, á los mozos á pensar, á los hombres y á las mujeres, y á todos, á amar á Dios, la patria y la familia; enseñar la clemencia á los poderosos, á los débiles la resignación, compañera de la esperanza; á los ricos la generosidad, á los pobres el perdón; en fin, á todos, la santa ley de la caridad, esa debe ser nuestra vida.

«A la rebelión oponemos nuestro voto de obediencia, al egoísmo codicioso nuestro voto de pobreza, á la ambición y el orgullo nuestro voto de humildad.

«A nadie pediremos dinero por los servicios que prestemos, y, sin embargo, nos tratarán de avaros, porque seremos calumniados de todos los enemigos de la Iglesia.

«A pesar de no tener salario alguno, nuestra pobreza levantará grandes edificios y distribuirá muchas limosnas.

«Maravillados de esto, nos acusarán. Pero nos-

otros seguiremos adelante con la cabeza baja como si no se nos insultara, y amaremos á los que nos hayan ultrajado como á nosotros mismos por el amor de Dios.

«A causa del milagro de nuestra pobreza, seremos ladrones á los ojos de los hombres; á causa del milagro de nuestra caridad, seremos hipócritas; á causa del milagro de nuestra humildad, seremos cobardes.

— ¡Gloria á Dios!

«Ni siquiera nuestra muerte será poderosa á desarmar la injuria y el sarcasmo: se dirá de nosotros, como se dijo del divino Maestro Jesús, que hemos «desempeñado nuestro papel hasta el fin», y que nuestro último suspiro es nuestra última mentira. ¡Gloria, gloria á solo Dios!

«Somos los soldados de Aquél que glorificaba el oprobio. ¡Alabado sea el Señor! Por lo mismo que nuestra desnudez será una riqueza y nuestra supuesta cobardía un valor sabrenatural, cuando perezcamos aplastados disfrutaremos de un poder incomparable.

«Bajo los pies de nuestros enemigos vendrán á buscarnos los Reyes y los pueblos. ¡Señor; apartad de nosotros el orgullo, así en las gradas de los tronos como en el fondo de nuestra miseria! ¡Gloria á Dios! ¡Todo para gloria de Dios! ¡A la mayor gloria de Dios!»

Hincóse de rodillas, y los seis le imitaron. Ninguno de ellos había hablado todavía. Ignacio juntó las manos, elevólas y dijo en latín:

— Jesús pacientísimo.

Los otros respondieron:

— Tened piedad de nosotros.

— Jesús obedientísimo.

— Tened piedad de nosotros.

— Jesús dulce y humilde de corazón.

— Tened piedad de nosotros.

Oremus. — ¡Oh Dios! haced que la casa de vuestros siervos sea fundada para bien de todos y no sólo para vuestro propio bien, á fin de que, dando vuestros siervos su vida por la salud de los hombres en Jesucristo, *no cesen nunca de ser perseguidos* para vuestra mayor gloria. Vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Así sea.

Y habiéndose santiguado se levantaron.

El día era magnífico. Las gentes de los lugares subían por los varios senderos para oír Misa en la abadía parroquial. Ignacio y sus hijos tomaron la izquierda de la iglesia por el campo que bajaba del cementerio á la capilla del mártir, situada en el punto que dijimos, y cuyas alrededores se hallaban entonces desiertos. Luego entraron solos en la cripta que estaba preparada para el Santo Sacrificio. La tradición fija en las nueve la hora en que Pedro Lefèvre celebró.

«Después de haber ayunado y orado en común, dice Cretineau Joly, reunieron el 15 de Agosto de 1534 en una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre, donde fué decapitado San Dionisio. Era la fiesta de la Asunción de la Virgen. Ignacio escogió este día para que la Sociedad naciese, en el seno mismo de María, triunfante. Allí, aquellos siete cristianos, á quienes Pedro Lefèvre, ya Sacerdote, había dado con sus manos la Comunión, hicieron voto de castidad. Obligáronse á guardar completa pobreza, prometieron á Dios que, una vez terminado el curso de Teología, irían á Jerusalén; pero que si transcurrido un año no les hubiera sido posible llegar á la ciudad santa, irían á echarse á los pies del Soberano Pontífice para pedirle que aprobase su Orden y recibir sus instrucciones.»

Esto fué todo; la Compañía de Jesús estaba fundada.

PABLO FEVAL.

LA RELIGIÓN Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS



L. Sr. Obispo de Puy, al tomar posesión de su silla episcopal, ha dirigido á los fieles de su Diócesis una pastoral en la que, con elevación de pensamiento y elocuencia de forma, expone los deberes de los pastores y de los fieles para con Dios y para con el Estado.

Inspirándose en las constantes enseñanzas de la doctrina católica hoy tan repetidamente inculcadas por nuestro gran Pontífice León XIII, dice que la Iglesia no se identifica con forma alguna política y que puede, según los tiempos y los países, acomodarse así á las instituciones republicanas como á las monárquicas.

Algunos periódicos liberales de Francia, entre ellos *El Tiempo*, *El Nacional* y otros, al aplaudir las enseñanzas de Mons. Petit pretenden que son doctrinas nuevas en el episcopado, cuando la verdad

es que la Iglesia docente, el magisterio católico en los diferentes grados de su jerarquía nunca ha enseñado otras: conforme hace notar muy bien el *Moniteur de Rome* hablando de este mismo asunto, «jamás la Iglesia ha ligado su causa al éxito de un partido político.»

Pero es menester distinguir entre los partidos políticos y los hombres que los representan y las doctrinas que tratan de llevar a la práctica. La Iglesia, por ejemplo, no es hostil a la República; pero sin ser hostil a esta forma política se ve en el caso de luchar contra gobiernos republicanos. Si los que ocupan el poder, los encargados de la administración, los funcionarios públicos hostilizan a la Iglesia, ¿no tiene ésta el derecho y el deber de defenderse? Nadie puede ponerlo en duda; y esto la Iglesia está dispuesta a hacerlo contra republicanos lo mismo que contra monárquicos; y he aquí lo que consigna abiertamente el Sr. Obispo de Puy.

«Hay tiempo, dice, en que los Obispos que hicieron la Francia como las abejas su colmena» debieron mezclarse más en las opiniones y movimientos de la sociedad civil y de la vida pública. Hoy es preciso mantenernos en la montaña; y sin constituirnos en sustentadores de ninguna opinión, sin mezclarnos con los partidos que se agitan, poner a salvo los verdaderos principios de la razón y de la fe. Debemos convencer a todos los espíritus prevenidos que nuestras ambiciones no son de este mundo.

«No; nuestro reino no es de este mundo; y si nos vemos forzosamente mezclados en todas las batallas de la vida, nunca es sino para arrancar las almas a los peligros de la lucha y ofrecer paz ó tregua a los beligerantes.

«Tal es el deber y el encargo del Obispo de Jesucristo; tal es el privilegio de su magisterio: descartar los equívocos y destruir con el esplendor de la verdad y con la ternura del sacrificio todas las preocupaciones que alejan a los hombres de la Religión. La Iglesia no es conocida; he aquí por qué no es amada. Se la teme ó se la evita; se la calumnia porque se la ignora.

«La historia atribuye a un grande hombre esta palabra: «He amado la verdad y la justicia; y he aquí por qué muero en el destierro!» Y esto es lo cierto: los espíritus perversos, los caracteres falsos y los corazones apasionados odian siempre y persiguen con fruición la verdad que les condena. Pero no por esto debemos sumirnos en el escepticismo ó el desdén por la rectitud.

«No proclamar libremente lo que uno piensa y lo que debe enseñar sería para un Obispo la peor cosa delante de Dios y de los hombres.

«Se trata de conquistar corazones y éstos no se ganan sino con amor. El apoderarse de las almas no debe hacerse por asalto, como las ciudades. Las inteligencias no se subyugan por medio de la fuerza. La conciencia debe inclinarse espontáneamente por medio de un asentimiento ilustrado y voluntario de la razón: no hay acto alguno como el de la fe que deba ser más de convicción luminosa y de soberana libertad.

«La verdad y la caridad no conocen fronteras; aquello que enseñó nuestro Señor Jesucristo, su Vicario lo hace revivir a nuestros ojos. A ejemplo del Redentor, su corazón está abierto a todos.

«Por encima de los intereses del tiempo que el Papa domina con toda la sublimidad de su magisterio universal; por encima de los intereses políticos cuya figura como la del mundo cambia sin cesar, y a los cuales quiere permanecer enteramente extraño, porque es superior a ellos, no tiene más que un pensamiento, que una preocupación: hacer conocer la verdad, inspirar a las almas un ardiente amor por la justicia y conducir a los individuos y a las Sociedades hacia los senderos de la paz por medio de la práctica de la virtud. Donde quiera que se encuentra una autoridad legítima, aunque sea puramente humana, él la respeta, porque desciende de lo alto: toda autoridad viene de Dios, llámese república ó monarquía, imperio ó principado. Decir, pues, que la Iglesia mira con prevención las formas más modernas de los sistemas políticos y rechaza los descubrimientos del progreso contemporáneo es una calumnia vana y sin fundamento...

«Como todo lo que es verdadero no puede proceder sino de Dios, en todo aquello en que las investigaciones del espíritu humano descubre verdades, la Iglesia reconoce como una huella de la inteligencia divina; y como quiera que no hay verdad alguna natural que sea contraria a la fe hacia las verdades divinamente reveladas, sino que, al contrario, muchas la confirman, y todo descubrimiento de la verdad debe conducir a conocer y a alabar a Dios, la Iglesia acoge siempre voluntariamente y con gusto todo lo que contribuye a ensan-

char la esfera de las ciencias... Enemiga natural de la inercia y de la pereza, quiere que el ejercicio y la cultura hagan producir al genio del hombre frutos abundantes.

«Tal es la enseñanza de la Iglesia, tal el lenguaje del Soberano Pontífice, Doctor infalible de la verdad. Tales son la doctrina y la práctica en donde nos encontraremos siempre, amados hermanos nuestros, fiel a las grandes tradiciones católicas.

«¿No es este un campo bastante extenso, un horizonte bastante dilatado, donde pueden unirse todos los hombres de buena voluntad? ¡Oh pensadores, filósofos, economistas, sabios! Vosotros buscáis la verdad: nosotros os llevamos aquella que Dios nos ha revelado, y aceptamos lo mismo que vosotros todas aquellas que la naturaleza enseña.

«¡Oh jefes de los pueblos! Tenéis el encargo de regir las naciones a fin de asegurar, hasta con la fuerza si es menester, la independencia de los Estados; nosotros tenemos la misión de destruir los impulsos que conducen a la violencia, y crear en las conciencias el amor a la equidad, que garantiza el orden.

«Hijos de la Francia, apasionados por su gloria y su grandeza, somos también hijos de la Iglesia dispuestos a morir por nuestra Madre, y tenemos el corazón bastante grande para reunir en un amor igual nuestras dos patrias.

«Queremos ser servidores ardientes, humildes y adictos a la patria de la tierra; pero no olvidamos que debemos ser servidores y conquistadores de la patria del Cielo. Los que ejercéis la administración pública, de cualquier orden que sea, tenéis el encargo de hacerlo en favor del bien común: sois la autoridad humana; nosotros representamos en el seno de la sociedad la autoridad divina. Vosotros habláis en nombre de la nación; nosotros enseñamos en nombre de Dios.

«¡Educadores de la infancia! El Estado y la familia os han conferido el cargo más honroso y de mayor responsabilidad: el de *instruir, armar, formar y educar* para la patria a hijos que sean dignos de ella; nosotros hemos recibido de Dios mismo, de Jesucristo directamente la orden, el derecho y el poder de *instruir y armar* las conciencias; robustecer las almas, *engrandecer ó educar* los espíritus para todas las luchas del tiempo y para los destinos más altos de la eternidad... ¿Por qué buscar aquello que divide a los hombres, y no buscar aquello que puede unirlos? Tenemos horizontes abiertos que no nos separan de ningún modo.

«Nuestros medios de acción son diferentes, las esferas en que se ejercen son distintas; pero el fin debe ser el mismo ¿por qué, pues, no hemos de marchar juntos? Hubo un día en que en las llanuras de Sennaar, queriendo los pueblos evadir la acción de Dios, echaron los fundamentos de un grandioso edificio que debía elevarse hasta el cielo. Pero Dios aplastó su orgullo; y obligados a renunciar a su temeraria empresa «se dispersaron por regiones opuestas, dirigiéndose en un lenguaje que no comprendían un adiós que todavía dura.» No olvidemos esta lección de los siglos pasados. ¿De dónde vienen los desfallecimientos de la crisis actual? De la división de los espíritus, de lo heterogéneo de los esfuerzos. ¿En dónde está la fuerza? En la unión.»

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

Jerez de la Frontera. — Una *Dolorosa* al pie de la Cruz, con su divino Hijo en su regazo; *Nuestra Señora de la Definición*; un *Crucificado* muerto; *San Francisco*, de capuchino, con un *Crucifijo*, y *Santo Domingo*.

Jérica. — Un *Beato Lorenzo de Brindis*.

Jijona. — Una *Piedad*.

La Daya. — *San Miguel Arcángel*.

La Roda. — Una *Nuestra Señora del Carmen* con el Niño Jesús.

Lombay. — *Unas andas* con *San Francisco de Borja*, vestido de caballero.

Madrid. — Un *San Juan Nepomuceno*, *San Joaquín* y *Santa Ana*, *Los cuatro Evangelistas*, *La Iglesia Católica*.

Mahón. — *San Ramón Nonnato* y una *Santa Teresa de Jesús*.

Mallorca. — *Santa Elena*, *Nuestra Señora de la Merced*.

Marsella. — *La Asunción de Nuestra Señora*.

Monfort. — *Nuestra Señora del Rosario*, *unas andas* con una *Dolorosa* sentada al pie de la Cruz, un *Nazareno*.

Montán. — Una *Asunta*.

Motilla. — *Nuestra Señora del Rosario*.
Murviedro. — *Santa Ana* y la *Virgen Nuestra Señora*, niña.

Nucia. — Una *Asunta*.

Oliva. — Una *Aurora*, una *Piedad* y un *Nazareno*.

Onil. — Un *Nazareno* y una *Dolorosa*.

Onteniente. — Un *Nazareno*, *unas andas* con la *Santísima Trinidad*, un *San Antonio de Padua*, *Niño Jesús*.

Orcheta. — *San Nazario en el martirio*.

Orihuela. — *Jesús crucificado*, una *Santísima Trinidad*, *Beato Lorenzo de Brindis*, *San Juan Bautista*.

Otos. — *San José con el Niño Jesús*.

Paiporta. — *San Jorge*, a caballo.

Pedralba. — *Santa Bárbara*, un *Padre Eterno*, la *Fe* y la *Esperanza*, *San Joaquín*, *Santa Ana*, *San Carlos Borromeo*, *Santo Tomás de Villanueva*, una *Purísima Concepción*.

Portaceli. — *Trono de nubes* con dos *mancebos* y siete *serafines*.

Potrier. — *San Juan Evangelista* y *San Juan Bautista*.

Puig. — *San José*.

Puzol. — *San Antonio de Padua*.

Rafol de Almunia. — Un *Crucifijo*, *San Francisco de Paula* y otro de *Sales*, *San Gregorio Ostiense*, un *Padre Eterno*.

Rafol de Salem. — *Nuestra Señora de los Angeles*, un *Divino Salvador*.

Real de Gandía. — *Andas* con una *Nuestra Señora del Rosario*, *Santo Domingo de Guzmán* y *Santa Catalina de Sena*.

Ribarroja. — Una *Asunta*.

Segorbe. — *Andas* con *Nuestra Señora de los Desamparados*.

Señera. — *Nuestra Señora con el Niño Jesús*, una *Santa Ana* y un *Crucifijo*.

Sevilla. — Un *San José* y *Nuestra Señora de la Salud*.

Soneja. — *Nuestra Señora del Rosario* y una *Piedad*.

Tabernes. — *San Francisco de Asís*.

Tárben. — *Santa Bárbara*.

Tobarra. — *Asunción de Nuestra Señora*.

Toledo. — *Santa Leocadia* y *Nuestra Señora de la Merced*.

Torrente. — Una *Dolorosa*, *Santo Tomás de Villanueva*, *Santo Domingo*.

Valencia. — En la catedral: *San Pedro*, *San Jaime*, *San Felipe*, *San Judas Tadeo* y *San Mateo*; un bajo relieve con un pasaje de la vida de *San Pascual Bailón*, *Judit* y *Jael*; el *Espíritu Santo*, una *Purísima Concepción*, la *Oración*, la *Doctrina*, la *Humildad* y la *Penitencia*; el *Martirio de San Blas*, la *Misericordia* y el santo *Celo*, la *Caridad*, *San Vicente*, *mártir*, la *Fe* y la *Fortaleza de ánimo*, y otras. En la parroquia de *San Andrés Apóstol*: *San Luis Gonzaga* con un *Crucifijo* y *San Estanislao de Kosca*; *Santa Ana* y la *Virgen niña*, una *Aurora*, un *Crucifijo*. En la de *San Esteban*: *San Esteban*, dos *mancebos* con varios agregados, seis *serafines* mayores del natural y varios grupos de nubes circuyendo al *Espíritu Santo*. En la de los Santos *Juanes*: *San Esteban*, varios *mancebos*, *serafines* y *medallones*. En la de *San Martín*: una *Piedad*. En la de *Santa Cruz*: una *Asunta* y *Santa Elena*. En la de *Santo Tomás*: una *Purísima Concepción*, grupo de *serafines*, *San Juan Bautista* y *Cristo Señor nuestro en el bautizo*, con el *Espíritu Santo* y *resplandor de rayos*; *San Hugo* y *Santa Ubaldesca*. En la iglesia de la Compañía: *San Joaquín* y *Santa Ana*, *San Miguel Arcángel*, *San Gabriel*, *Ángel Custodio de la ciudad*, *Ángel de la Guarda* con un niño y *Ángel San Rafael con el joven Tobias*. En la Escuela Pía: *San Matías*, apóstol; *San Joaquín con la Virgen Nuestra Señora*. En la iglesia del colegio de la Presentación de *Nuestra Señora*, vulgo de *Santo Tomás*: la *Presentación de Nuestra Señora en el templo*. En la iglesia de *Santa Mónica*: el *Divino Amor* y la *Justicia*, y un bajo relieve con atributos de la Orden de *San Agustín*. En la capilla de *Nuestra Señora de los Desamparados*: dos *San Vicente*, un *águila*, un *niño*, un *león* y un *toro*. En la iglesia del convento de monjas de la Presentación: *San Agustín*. En la del convento de monjas de *San José*: una *Beata María de la Encarnación en éxtasis*. En la del convento de monjas de *San Julián*: una *Asunta*. En el convento de *Jesús*: *Unas andas* con el *Beato Nicolás Factor*, dos *mancebos* y dos *serafines*. En el de *Capuchinos*: un *Beato Juan de Ribera* y un *Crucifijo*. En el de *San Juan de la Rivera*: un *Beato Andrés Ibernón* y una *Purísima Concepción* sobre nubes. En el Palacio Arzobispal: *Santo Tomás de Villanueva*. En la Universidad Literaria: busto retrato del Excmo. Sr. D. Francisco Fabián y Fuero, Arzobispo de Valencia.

Vallanca. — Un *Crucifijo* y *San Pedro*, apóstol.

Vallidigna. — *San Benito con el diablo a sus pies*, *San Bernardo abrazado con un Crucifijo*, y el *Espíritu Santo*.

Villafamés. — *Nuestra Señora de Santa María*.
 Villahermosa. — *Una Asunta*.
 Villar de la Encina. — *Una Dolorosa*.
 Villena. — *San Isidro, labrador*.
 Vinaroz. — *Una Dolorosa, con Nuestro Señor Jesucristo difunto en sus rodillas*.

Tuvo D. José Esteve un carácter eminentemente religioso, de que participan todas sus obras.

D. ANTONIO ESTEVE Y ROMERO. — Escultor valenciano, hijo de D. José Esteve y Vilella; fué académico de la de San Carlos de Valencia y director de sus estudios hasta su fallecimiento, ocurrido en 1.º de Julio de 1859. En Pamplona, Bilbao, Burgos, Madrid, el Grao, Valencia y otras poblaciones hay bastantes trabajos suyos en el género religioso.

Sus hijos D. José y D. Rafael Esteve y Badía han ejercido igualmente la escultura: el primero, presbítero, fué penitenciario del Real colegio de *Corpus Christi* en Valencia.

D. JOSÉ ESTEVE Y VILELLA. — Escultor valenciano, hijo de D. José Esteve y Bonet, individuo de la Academia de San Carlos de Valencia. Son obra suya algunos excelentes *Cristos* y numerosas estatuas de santos esparcidas por el reino de Valencia.

D. ANTONIO FABRÉS Y COSTA. — Escultor catalán, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona; en 1875 hizo oposición á una plaza de pensionado en Roma, ofrecida por la Diputación de la provincia, logrando el triunfo sobre sus competidores: en aquellos ejercicios ejecutó la estatua de *Abel muerto*.

D. CARMELO FARINÓS. — Escultor valenciano, cuyas obras han figurado en diferentes Exposiciones; en la de Valencia, en 1879, fué premiado con medalla de plata en el género de escultura religiosa: había presentado un *busto de Eslava*. La última obra de este artista de que tenemos noticia representa á la *Virgen María con Jesucristo, descendido de la Cruz, sobre sus rodillas*.

D. FELIPE FARINÓS Y TORTOSA, nació en Valencia en la parroquia de los Santos Juanes el día 26 de Mayo de 1826, y fué discípulo del escultor D. Antonio Marzo. Entre los muchos trabajos de este artista citaremos una lápida sepulcral, destinada al túmulo de D. Santiago García, para lo que eligió un pensamiento religioso y simbólico, como es el de que un Sacramento abre al justo las puertas del mundo y otro las cierra. El grupo del *Descendimiento*, hecho en 1858 en madera, con seis figuras del tamaño natural, para el exconvento de San Francisco de la ciudad de Orihuela. La medalla dedicada en 1855 por la Sociedad Económica Valenciana de Amigos del País al cuarto centenario de San Vicente. La custodia construída para Liria en el año 1859. La escultura del altar mayor de la catedral de Valencia, que consiste en 22 imágenes y un bajo-relieve de la *Cena*, en bronce. Un *Crucifijo* del tamaño natural para el cementerio de Valencia. Un grupo compuesto de cinco figuras de tamaño natural, representando la *Oración del huerto*, para ser llevado en andas en la procesión de Semana Santa en Hellín. La estatua de *San Juan Bautista*, para el asilo del Sr. Romero, en Valencia. Un bajo-relieve, inspirado en el versículo del Credo: *Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos*, y un *Jesús Nazareno*, para la iglesia de Novelda.

D. LUIS FÉLIX. — Joven escultor catalán, autor de una imagen de la *Concepción*, labrada en Barcelona en 1882.

D. JOSÉ FERNÁNDEZ BERNAL, natural de Madrid y discípulo de la Escuela especial de pintura, escultura y grabado y de D. José Grajera. En la Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1871 presentó la *Redención*, grupo en cera.

D. ADRIANO FERRÁN. — Artista catalán. En 1808 fué uno de los que, no queriendo reconocer al Gobierno intruso, se trasladó á las Baleares, donde formó excelentes discípulos, trabajando asimismo un gran número de obras que acreditan su buena ejecución. Proceden de este artista, ejecutadas en aquella época, una estatua de *Nuestra Señora con su Hijo difunto en brazos*; *San Bruno*, *San Juan Bautista* y la *Beata Catalina Tomás*, para el altar mayor de la iglesia de la Real Cartuja de Valldemosa; la *Virgen de la Piedad*, para su capilla en la parroquia de Santa Eulalia; el *Crucifijo* para la capilla del gremio de Marchandos; *San Sebastián* y *San Juan de Dios*, en la capilla de Santa Ana de la iglesia de San Nicolás; la *Virgen del Remedio* del altar mayor en la iglesia que fué de Trinitarios, y la *Concepción* y la *Beata Catalina Tomás* en la parroquia de San Jaime. También concluyó el sepulcro de la misma *Beata Catalina*, para las monjas de Santa Magdalena.

D. AUGUSTO FERRÁN. — Escultor mallorquín, académico de mérito de la de Nobles Artes de San Fernando, cuando sólo contaba 25 años de edad. Fué autor de tres medallones, simbolizando un *Ave María*, el *escudo de la comunidad* y una *gloria de Je-*

sucristo, para el monasterio de Santa Catalina, en la Habana. Durante muchos años desempeñó la cátedra de Escultura en la Escuela de Bellas Artes de la Habana, hasta el 28 de Junio de 1879, en que falleció.

D. JUAN DE DIOS FERRER. — Fué hijo de otro escultor del mismo apellido, y nació en 8 de Marzo de 1817; mostró desde su juventud las mejores disposiciones para el cultivo del arte; pero su vocación religiosa triunfó de la artística, y encaminándose á Italia, entró en Nápoles en el noviciado de la Compañía de Jesús (1842), renunciando gustoso á las glorias del cincel por las rudas pruebas de la vida monástica.

El talento del Hermano Ferrer era demasiado elevado y útil para que se le dejara perder. La vida religiosa y la renuncia de toda ambición no son obstáculos al desenvolvimiento de las facultades del artista. Restituyósele, pues, á los trabajos que habían ocupado toda su vida antes de su profesión religiosa. Sin embargo, el deplorable estado de su salud no le permitió darles gran impulso, y no eran todavía susceptibles de revelar á los hombres los dones preciosos de tan eminente artista, cuando una enfermedad puso en peligro su existencia. El Padre Provincial de los jesuitas hizo voto de consagrar al Hermano Ferrer á las misiones de la China, si Dios se dignaba escuchar las súplicas de la Comunidad. Contra toda esperanza humana, recobró aquél su salud, y en 1847 partió para la China. El Hermano Ferrer practicó su difícil arte durante los nueve años que vivió en China. Estableció una escuela en Shanghai, admirando á todos los rápidos progresos de sus alumnos y su destreza en manejar la arcilla y en dibujar. Al mismo tiempo que dirigía á sus discípulos se dedicaba al ornato de las iglesias del nuevo país á donde le había conducido la obediencia. El europeo que penetra en las iglesias de la Compañía de Jesús, en Shanghai y en Zi-ka-wei, queda admirado del número y cualidades de las esculturas que las adornan, obras todas ellas del Hermano Ferrer. Uno de los mejores grupos debidos á su cincel es la *Huida á Egipto*.

Su muerte, ocurrida en 1856, fué conforme á su edificante vida.

D. RAMÓN FERRER. — Hablando el Sr. D. Nicolás Sancho en su *Descripción de Alcañiz* de la ermita de Nuestra Señora de los Pueyos, dice lo siguiente:

«En el primer altar, entrando á la derecha, hay una bella estatua de *San Ramón Nonnato*, obra del célebre escultor de este país D. Ramón Ferrer, que en Madrid dejó gratos recuerdos con las dos hermosas estatuas de *San Fernando* y *Santa Cristina*, mandadas trabajar por S. M. y colocadas de su orden en la patriarcal iglesia del Buen Suceso.»

D. JOSÉ FERREIRO, natural de Santiago, y el último de los artistas que en el siglo pasado sostuvieron en Galicia el brillo de la escultura. Los principales trabajos religiosos de Ferreiro, según los datos que hemos podido adquirir, son los que siguen: *Santa Escolástica coronada por un ángel*, en el convento de San Martín, en Santiago; un *Crucifijo* que se ve en una de las capillas del convento de San Martín, en Santiago; la *Virgen del Carmen*, para el convento del Carmen de dicha población; el *altar de Santa Gertrudis*, que es una de sus mejores obras; las estatuas del cornisamento, y *los cuatro Evangelistas* en la cúpula de la sacristía; las estatuas de *San Rosendo* y *San Pedro Morzonzo*, sobre la pila del agua bendita del monasterio de San Martín; en San Francisco la estatua de su titular, de gran tamaño; *San Diego repartiendo pan á los pobres*; en el convento de Congo, un *Santiago peregrino*, reputado acaso por la mejor obra de este artista.

D. JUAN FIGUERAS Y VILA, natural de Gerona, donde nació en Julio de 1829, y discípulo de la Escuela superior dependiente de la Academia de San Fernando, y del escultor de Cámara D. José Piquer. Fué á Roma en 1858 pensionado por el Gobierno. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1856 presentó una estatua en yeso representando la *Casta Susana*, por la que obtuvo medalla de tercera clase; en la de 1860 expuso una *israelita acometida por una serpiente*, figura valiente y de difícil desempeño, y de que sacó todo el partido posible. También alcanzó premio tercero. En la que se verificó en 1862 expuso una *india abrazando el cristianismo*. Esta última obra fué premiada con medalla de segunda clase y adquirida por el Gobierno. En la Exposición de 1866 obtuvo consideración de segunda medalla, y presentó, entre otros trabajos, una *Santa Bárbara*. Falleció en 28 de Diciembre de 1881.

D. JOSÉ ANTONIO FINACER. — Escultor tirolés, residente en Toledo á fines del último siglo y principios de éste. Sus principales obras ejecutadas en aquella población son: un *Crucifijo*, la *Virgen* y *San Juan*, en la parroquia de San Sebastián; el *San Agustín* que estuvo en la portada de la iglesia de

Recoletos, y hoy se conserva en el Museo Provincial, y el escudo de armas del Cardenal Lorenzana, sostenido por unos angelones que vuelan tocando el clarín de la fama, en la Universidad.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Los católicos del Arciprestazgo de Almendralejo (Badajoz) regalarán á Su Santidad en sus Bodas de Oro un riquísimo misal. En el anverso de la cubierta, que es de chagrin de Levante, están artísticamente combinados en el centro los escudos de León XIII y de Plasencia, primorosamente esmaltados, descollando sobre las llaves pontificias y coronados por la tiara. Al pie de ellos, sobre una planchamacia de oro, se lee en esmalte negro la siguiente inscripción: *Leoni. XIII. Pontifici. Maximo. Fraesul. Clerus. Populus. Pacensis. in. Hispania. d. o. c. in. jubileo. sacerdotali.* 1887. Circuye la página una cenefa de espigas, de oro, y hojas de parra, de plata entrelazadas, y en los cuatro ángulos hay sendos clavos que destacan del fondo de una elegante cruz. En los dos broches, que son de oro, se ven respectivamente el Corazón de Jesús y el de María. El dorso es igual al anverso, sólo que en el centro figura sobre una plancha de oro el monograma de Jesucristo. La ejecución de esta obra de arte, que ha sido encomendada al joyero de Barcelona señor Suñol, honra sobremanera á este inteligente orífice.

El inteligente maestro de Capilla de la Santa Catedral Basílica de Valencia ha tenido el feliz pensamiento de ofrecer á Su Santidad León XIII, con motivo de su Jubileo Sacerdotal, una preciosa colección de música religiosa, que es una brillante muestra del tesoro que encierra el archivo de la citada Iglesia. En un tomo de regulares dimensiones, magníficamente encuadernado, ha reunido el Sr. Guzmán escogidas composiciones del maestro D. Juan Ginés Pérez, perteneciente al siglo xvi, y del inmortal D. Juan Bautista Comes, discípulo del anterior y maestro de Capilla que fué en el siglo xvii del colegio de Corpus-Christi y de la misma Catedral. En último término, ha querido el señor Guzmán ofrecer al Romano Pontífice algunas de sus aspiradas obras, enlazando, por decirlo así, las producciones de los maestros antiguos con las del que hoy ocupa el lugar al que aquellos tanto lustre dieron.

El pueblo de Lambayeque (Trujillo) manifestará su amor filial al Santo Padre con un par de corporales de finísima tela trabajados primorosamente; en la parte media figurarán dos ramas unidas elípticamente por su base; la una representa la palma, símbolo del triunfo moral del Pontificado, y la otra la oliva señal de la consiguiente paz, que mediante Dios conseguirá su Iglesia; en cada esquina tendrá una insignia pontificia; estas ramas irán encerradas por un círculo que llevarán esta inscripción: *Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII: Diciembre 31 de 1887. — Lambayeque. — Perú.* Irán también acompañados de 4 purificadores de la misma tela que representando á las cuatro Congregaciones que hay establecidas allí, no llevarán la misma inscripción, sino el nombre de ellas, es decir: Guardia de honor del Sagrado Corazón de Jesús, Orden Terciaria, Hijas de María y Sociedad de Caridad; por lo demás llevan el mismo trabajo que los corporales, trabajo *criollo de vaciado y deshilaado* encomendado á la señorita Beatriz Ramírez. Irán, por último, dentro de un bolsoncito trabajado con gran curiosidad y esmero por las señoritas Luisa Montejó y Leonor Ruiz.

Las Religiosas del Buen Pastor, de Lima, ofrecerán á Su Santidad un riquísimo amito exquisitamente trabajado con lino á la aguja imitando el *guipur*. Irá colocado en una caja de raso blanco con el escudo del Sumo Pontífice León XIII, bordado al realce con oro y seda.

El Padre Santo ha manifestado á los Obispos su deseo de que presidan las peregrinaciones locales para dar un sello jerárquico á estas demostraciones católicas, y se complacería en que cada provincia estuviese representada en el Vaticano por una pere-

grinación, presidida por su Obispo, en su próximo Jubileo Sacerdotal. Considerando los estragos que el fuego pudiera ocasionar en la preciosa Exposición, obra de la inteligencia y del amor que acompañará a esta solemnidad, ha dispuesto que los dependientes de los palacios apostólicos y los gendarmes pontificios custodien y vigilen la guarda de los objetos expuestos.

Traducimos del periódico portugués *A Actualidade*, que ve la luz pública en Oporto:

A propósito del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII, la princesa Clotilde acaba de bordar una capa para el Papa en su retiro de Moncalieri.

Esta capa de satén blanco, cubierta de flores de oro, no será una de las menores curiosidades de la Exposición que se va a realizar en el Vaticano con motivo de las Bodas de Oro de Su Santidad.

El humilde óbolo que elevará el Seminario de Tarragona a los pies de León XIII, con motivo de su Jubileo Sacerdotal, irá acompañado de un elegante álbum, ricamente encuadernado, que viene preparándose desde mediados del último curso escolar. Este álbum contendrá: 1.º Portada con la dedicatoria a S. S. 2.º Una gran fotografía del monumental edificio del nuevo Seminario que está casi terminado. 3.º Mensaje en latín suscrito por todo el personal del establecimiento, profesores y alumnos, reuniendo más de 400 firmas. 4.º Varias composiciones científicas y literarias, por los alumnos de las respectivas asignaturas, que contribuirán a que sea el álbum no sólo un tributo de adhesión y reverencia filial, si que también un testimonio del estado actual de dicho Seminario.

Los PP. Franciscanos de la Misión del alto Egipto han enviado al Padre Santo, como homenaje por su Jubileo Sacerdotal, una gran colección de antigüedades egipcias recogidas en las ciudades situadas cerca de la antigua Tebas.

Copiamos de un colega de Pamplona: «Hemos tenido el gusto de ver tres magníficos cálices de plata de muy elegante forma, que la V. O. T. de Penitencia de San Francisco de Asís, establecida en el convento de Religiosos Capuchinos de Pamplona, y los hermanos de dicha Orden residentes en varios pueblos de esta provincia, adscritos en el mismo convento, ofrecen a su Hermano terciario el Pontífice León XIII, con motivo de las Bodas de Oro y como pequeña prueba del grande amor y veneración que los hijos del Serafín de Asís tienen a la Santa Sede.

NOTICIAS

A los ataques dirigidos a la institución de las *Hermanitas de los pobres* por un periódico de Alicante, contesta otro de la localidad en los siguientes levantados términos:

«Las Hermanitas de los pobres se han establecido en Alicante, como lo han hecho en Madrid, Barcelona, Valencia y otras poblaciones tan ricas como ilustradas, y como antes lo han verificado en Francia, Italia, Bélgica y otras naciones porque así lo exige su institución; toda vez que la caridad, esa virtud evangélica tan recomendada por el gran Apóstol de las gentes, no conoce límites en el ejercicio de sus nobles y generosas acciones, y se presenta sin ostentación ni alarde donde las necesidades la reclaman; y como en todas partes hay seres desgraciados que sufren, por eso en todas partes también dejan verse las Hermanitas, dispuestas a sacrificarse por el desvalido; interpretando perfectamente los altos deberes que su institución les impone, y por lo tanto consagrándose exclusivamente a su cumplimiento, sin que pueda nadie, con justa razón, calumniarlas, suponiendo en esas benditas mujeres, en esos ángeles de la tierra, otros fines ni otras miras que las del ejercicio de la caridad en todas sus formas.

Las Hermanitas de los pobres atienden con viva solicitud al alivio de los infelices que abandonados por el infortunio ó por sus deudos y parientes, se acogen a los beneficios de la caridad que aquéllas les ofrece, hasta el extremo de adquirirles el sustento, sin perdonar vigilias, desvelos ni fatigas. ¿Quién no ve a las Hermanitas en los mercados y puntos públicos implorando el pequeño óbolo, así como en las aldeas y en los caseríos? ¿Quién no las ve en las poblaciones llamando a la puerta de las personas cari-

tativas, sin temor a la maledicencia de los que, desconociendo los sacrificios y elevada misión que aquéllas desempeñan, faltan inconsiderablemente a tanta abnegación?

Las Hermanitas de los pobres asisten a sus acogidos en las enfermedades, sufren con admirable paciencia las molestias de los desgraciados a quienes el peso de los años ó la acción de alguna parálisis les priva completamente de sus miembros, cuidan con esmero del lavado de la ropa, de la limpieza y aseo del establecimiento y de la confección de la comida; porque no tienen domésticos, ni aún acogidos que puedan prestarles auxilios en todas esas ocupaciones; sin dejar por ello de recordar a los asilados por medio de sencillas y devotas prácticas religiosas sus deberes para con Dios, por el beneficio que les dispensa su sabia providencia; enseñándoles que si bien hay en el mundo muchos hombres llenos de ciencias humanas, desconocen no obstante la más importante, que es la de la salvación de sus almas.

Una sola visita al asilo de las Hermanitas bastará, a mi parecer, para que cualquiera persona de recto corazón, ó de buen juicio, se convenza de la verdad de cuanto pueda decirse en defensa de los beneficios de las Hermanitas.

Del Monasterio de Montserrat escriben con fecha 8, dando cuenta de la solemnidad con que en el mismo se ha celebrado la festividad de Nuestra Señora. El día anterior, a las dos de la tarde, cantáronse vísperas con toda solemnidad, alternando en el coro alto la Reverenda Comunidad de Monjes con la escolanía. A las seis y media empezó un magnífico rosario cantado a toda orquesta por la escolanía en el presbiterio, al cual salieron terminado aquel en procesión los jóvenes misionistas, novicios y monjes, para entonar la preciosa *Salve montserratina*, presidiendo la función el M. I. Padre Abad, en sitial de honor y bajo dosel. El día 8, a las seis de la mañana, se celebró el Oficio matinal, y después de cantada Tercia, asistiendo de pontifical el dicho P. Abad, empezó el Oficio mayor, predicando un fervoroso sermón el P. Vicente Pujal sobre la gran confianza que debemos poner en María, dado el mucho amor que para con ella tuvo Jesús, terminando con una sentida deprecación.

Concluido el Oficio, organizóse la procesión por los claustros y patios, dando la vuelta hasta la fonda y cantándose motetes por la escolanía en los altos que hizo durante el curso. Concurrían a ella todos los jóvenes misionistas y Padres Monjes con cirio y la escolanía, llevando en andas cuatro escolanes una efigie de la Santa Imagen. Precedíanle sinnúmero de pendones entre una doble hilera de asistentes con hacha, llevando el principal el ex-concejal de Barcelona y ex-diputado provincial Don Domingo Güell.

Cerraba la comitiva el M. Rdo. P. Abad oficiando de preste, rodeado de numeroso clero con ricas dalmáticas y capas pluviales.

Siguió con el mayor orden y en medio de inmenso gentío, y al regreso al templo recibió la bendición abacial con gran recogimiento y compostura. La iluminación en todas las funciones fué espléndida y la concurrencia muchísima, a pesar de la tormenta que descargó durante la tarde y noche, de agua, granizo y truenos, convirtiendo en cascadas todos los torrentes de la montaña.

El Rdo. Sr. Cura párroco de Banyuls de Marenada, mosen Francisco de Asís Rous, tan celoso sacerdote como entusiasta catalanista, ha dotado a fuerza de constancia a aquella población de una iglesia parroquial de una suntuosidad tal, que poblaciones de mucha más importancia la envidiarían. No tiene completamente terminado más que el crucero, el ábside y una de las dos torres. En su presbiterio, de estilo románico modernizado, enriquecido con pinturas al fresco, bajos relieves, estatuas y vidrieras de colores y en cuyas paredes brilla el oro y el policromado, destaca un altar de mármol, dedicado a la Inmaculada Concepción de María.

Encargó mosen Rous la estatua en mármol de Carrara a un distinguido escultor de París, M. Oliva, hijo de la Cerdaña, y tan bien acabada dejó Oliva su obra que cuando la expuso en la capital de Francia, mereció los elogios de la prensa parisiense.

Deseoso el Párroco de Banyuls de inaugurar esta hermosa estatua con toda pompa, señaló para ello el día 8, fiesta de la Natividad de María Inmaculada, y no sólo invitando a ella a sus colegas los Párrocos vecinos y a otros sacerdotes de distintas poblaciones, sino que organizó con sus amigos catalanistas del Rosellón y de España un certamen literario catalán y francés, cuya distribución de premios fué el coronamiento de la fiesta.

La prensa barcelonesa hace grandes elogios de las composiciones en prosa y verso premiadas en dicho concurso.

A 431.973 pesetas ascienden las tres quintas partes del producto de la Bula correspondiente a la predicación de 1884, y que los Rdmos. Prelados de España han librado a favor de los establecimientos de caridad de sus respectivas Diócesis.

Ha quedado ya constituida la Junta administrativa del Asilo de Sres. Sacerdotes de Las Cortes de Sarriá: fórmanla el Muy Ilustre Sr. Dr. D. José Iborra, y los Rdos. Dr. D. Manuel Terrades, Doctor D. Cayetano Barraquer, D. Juan Campmany y Reverendísimo P. Cayetano Suñol, los cuales, según los deseos del Prelado de Barcelona, se dedicarán inmediatamente a formar los estatutos de la casa, y propondrán las disposiciones convenientes para la más acertada administración de las rentas y desarrollo de esta institución.

Toda la prensa católica ha anunciado que estaba muy adelantado el expediente para la beatificación del Obispo capuchino P. Nicolás de Molinari. Nació en 1708 en Laguerre, en la Basilicata, y entró a la edad competente en los Capuchinos, recorriendo como misionero apostólico una gran parte de Italia, recogiendo con sus predicaciones en todas partes frutos abundantes de salvación, por lo que Pío VI quiso recompensar su celo y sus virtudes nombrándole Obispo de Scalay de Ravello, de donde fué trasladado a Bovino, en Capitanate, reino de Nápoles, y allí murió en olor de santidad el 18 de Enero de 1792, a los 84 años. Desde 1831 está la causa de su beatificación en Roma.

Del 14 al 18 se celebrará en la iglesia de San Martín de Madrid un devoto quinario en honor del Sacratísimo Corazón de Jesús, dedicado por la Congregación del Apostolado de la Oración y Guardia de Honor del Sagrado Corazón, cuyos ejercicios espirituales dirigirá el Rdo. P. Cándido Sanz, de la Compañía de Jesús.

A las cinco y media de la mañana, después del ofrecimiento de obras, seguirá la Misa, en la que se explicarán los misterios de la misma, y a su terminación se meditará, concluyendo a las seis y media en punto con un acto de desagravio. Por las tardes, a las siete, Rosario, meditación, ¡Perdón, oh Dios mío!, sermón y letrillas al Sagrado Corazón.

El domingo, último día, será a las siete la Comunión general, y a las tres y media se sortearán entre las adictas, tanto obreras como sirvientas, cuatro lotes, después se hará el ejercicio de acción de gracias, con exposición del Santísimo, Rosario, sermón y solemne Reserva.

NECROLOGÍA

Ha fallecido en Filipinas el religioso agustino descalzo D. Fray Mariano Cuartero, Obispo de Nueva Segovia, para cuya Sede episcopal fué nombrado por decreto de 8 de Marzo de 1874.

También han fallecido recientemente:

En Santiago el Chantre de aquella Santa Iglesia Catedral, teólogo y canonista eminente, D. Santiago Francisco Vigueiro.

En Soria el Canónigo D. José María Sáez del Prado, filósofo profundo é individuo correspondiente de la Real Academia Española.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

